

BOLETÍN DE HISTORIA

Directora: Adriana Rodríguez

Año 38, N° 76

2° Semestre 2020

NÚMERO ESPECIAL EN HOMENAJE A MANUEL BELGRANO EN SU SEGUNDO CENTENARIO

DOSSIER HISTÓRICO SOBRE LA BATALLA DE TUCUMÁN (1812)

Presentación	3
Memoria (inconclusa) del General Belgrano	4
Memoria del General Paz	13

Boletín de Historia

Directora: Adriana Rodríguez

Comité Académico

Fernando Barba. Universidad de La Plata - Argentina

José Girón Garrote. Universidad de Oviedo - España

Consuelo Naranjo Orovio. CSIC Madrid - España

Gustavo Guevara. Universidad Nacional de Rosario - Argentina

Mario Alberto Nájera. Universidad de Guadalajara - España

Paula Ortíz. Universidad de La Habana - Cuba

Pedro Pablo Rodríguez. Centro de Estudios Martianos - Cuba

Maurizio Vernassa. Universidad de Pisa - Italia

NOTA: A las Instituciones que reciben este Boletín se les sugiere el envío de noticias que pudieran corresponder a los intereses de esta área de FEPAI. Del mismo modo recibiremos libros para comentar, discusiones de tesis, designaciones de becas, etc.

Copyright by EDICIONES FEPAI- M.T. de Alvear 1640, 1° piso E, Buenos Aires (e.mail: fundacionfepai@yahoo.com.ar)- Argentina. Queda hecho el depósito de Ley 11.723. Se permite la reproducción total o parcial del contenido de este Boletín, siempre que se mencione la fuente y se nos remita un ejemplar

ISSN 0326-3339

Presentación

En este año celebratorio del Bicentenario de la muerte del General Manuel Belgrano, el Consejo de FEPAI decidió que en todos sus Boletines debería incluirse el tema, en la forma que se considerase oportuno, y que podía tratarse en los dos números anuales o al menos en uno. Y así se hizo,

En cuanto al *Boletín de Historia*, teniendo en cuenta se realizó una Jornada específica con variados trabajos, el Consejo de FEPAI ha considerado conveniente dedicar el segundo número a la edición de dos textos históricos sobre la gesta belgraniana del Ejército del Norte, sobre todo teniendo en cuenta que este tema fue varias veces abordado en las Jornadas. De este modo, este segundo número se presenta como un complemento natural de las Jornadas.

Se trata en primer lugar, de su *Memoria* (fragmentaria e inconclusa) de la Batalla de Tucumán (1912), en la versión copiada por el General José María Paz, quien le añadió algunas notas y que está publicada en *Memorias Póstumas del General José María Paz*, segunda edición, tomo primero, La Plata, 1892 pp. xlviii- lx.

El segundo, es el Capítulo I de la citada obra del General Paz, referido justamente a la batalla de Tucumán, donde cumple con su proyecto de completar la memoria redactada por Belgrano a partir de sus notas y su propio recuerdo.

Esperamos de esta manera acercar dos textos muy distintos, pero ambas expresiones de esta gesta patriótica.

C.A.L.M.

**FRAGMENTO DE MEMORIA
SOBRE LA BATALLA DE TUCUMÁN (1812)
POR EL GENERAL DON MANUEL BELGRANO**

Había pensado dejar para tiempos más tranquilos, escribir una Memoria sobre la acción gloriosa del 24 de Setiembre del año anterior; lo mismo que de las demás que he tenido, en mi expedición al Paraguay, con el objeto de instruir a los militares, del modo más acertado, dándoles lecciones por medio de una manifestación de mis errores, de mis debilidades y de mis aciertos, para que se aprovecharen en las circunstancias, y lograsen evitar los primeros, y aprovecharse de los últimos.

Pero, es tal el fuego que un díscolo, intrigante, y diré también, cobarde, ha intentado introducir en el ejército, sin efecto, en este pueblo y en la capital, y su osadía para haberme presentado un papel, que por sí mismo lo acusa, cuando trata de elogiarse y vestirse de plumas ajenas, que no me es dable desentenderme, y me veo precisado, en medio de las graves ocupaciones, a privarme de la tranquilidad y reposo tan necesario, para manifestar aclara luz-, la acción del predicho 24, y la parte que todos tuvieron en ella.

Confieso, que me había propuesto no hablar de las debilidades de ninguno, que yo mismo había palpado desde que intenté la retirada de la fuerza que tenía en Humahuaca a las órdenes de don Juan Ramón Balcarce, autor del papel que acabo de referir; pero, habiéndome incitado a ejecutarlo, presentare su conducta a la faz del universo, con todos los caracteres de la verdad, protestando no faltar a ella, aunque sea contra mí, pues este es mi modo de pensar y de que tengo dadas tantas pruebas, muy positivas, en los cargos que he ejercido desde mis más tiernos años, y de los que he desempeñado desde nuestra gloriosa revolución, no por elección, porque nunca la he tenido, ni nada he solicitado, sino porque me han llamado y me han mandado, errados a la verdad, en su concepto.

Todos mis paisanos, y muchos habitantes de la España, saben que mi carrera fue la de los estudios, y que concluidos estos, debí a Carlos IV, que me nombrase secretario del Consulado de Buenos Aires, en su creación; por consiguiente, mi

aplicación, poca o mucha, nunca se dirigió a lo militar; y si en el año 96, el virrey Melo, me confirió el despacho de capitán de milicias urbanas, de la misma capital, más bien lo recibí, como para tener un vestido más que ponerme, que para tomar conocimientos en semejante carrera.

Así es, que habiendo sido preciso hacer uso de las Armas, y figurar como capitán, el año 1806, que invadieron los ingleses, no solo ignoraba como se formaba una compañía en batalla o en columna, pero ni sabía mandar echar armas al hombro, y tuve que ir a retaguardia de una de ellas, dependiente de la voz de un oficial subalterno, o tal vez, de un cabo de escuadra, de aquella clase.

Cuando Buenos Aires se liberto, en el mismo año de 1806, de los expresados enemigos, y regresé de la Banda Septentrional, adonde fui, después que se creó el cuerpo de Patricios, mis paisanos, haciéndome un favor que no merecía, me eligieron Sargento Mayor, y a fin de desempeñar aquella confianza, me puse a aprender el manejo de armas, y tomar sucesivamente lecciones de milicia.

He aquí el origen de mi carrera militar, que continué hasta la repulsa del ejército de Witelock, en el año 1807, en la que hice el papel de ayudante de campo del Cuartel Maestre, y me retiré del servicio de mi empleo, sin pensar en que había de llegar el caso de figurar en la milicia; por consiguiente, para nada ocupaba mi imaginación lo que pertenecía a esta carrera, si no era ponerme alguna vez el uniforme, para hermanarme con mis paisanos.

Se deja ver, que mis conocimientos marciales eran ningunos, y que no podía yo entrar al rol de nuestros oficiales, que desde sus tiernos años, se habían dedicado, aun cuando no fuese más que a aquella rutina, que los constituía tales; pues, que ciertamente, tampoco les enseñaban otra cosa, ni la corte de España quería que supiesen más.

En este estado, sucedió la revolución de 1810; mis paisanos me eligen para uno de los locales de la Junta Provisoria, y esta misma, me envía al Paraguay, de su representante y General en Jefe de una fuerza, a que se dio el nombre de ejército,

porque había sin duda en ella, de toda arma, y no es el caso hablar ahora de ella, ni de sus operaciones de entonces.

Pero ellas me atrajeron la, envidia de mis cohermanos de armas, y en particular el grado de Brigadier, que me confirió la misma Junta, haciendo más brecha en el tal don Juan Ramón Balcarce, que además, había sido el autor para que no fuese en mi auxilio el cuerpo de Húsares, de que era Teniente Coronel, intrigando y esforzándose con sus oficiales, en una junta de guerra, hasta conseguir que cediesen a su opinión, exceptuándose solamente uno, que en su honor debo nombrar: don Blas José Pico.

Era, pues, preciso que sostuviese un hecho tan ajeno de un militar amante de su patria, y que ahora he comprendido, era efecto de su cobardía y de una revolución intentada y efectuada por otros fines, y cuyos autores jamás pensaron en vejarme ni abatir mis tales cuáles servicios, honrados y patrióticos, le dio lugar, a que valiéndose de él, pidiese la recíproca, e hiciese que los oficiales de aquel cuerpo, que por sí mismo se había degradado, no concurriesen al socorro de sus hermanos de armas, abandonados, se empeñaron y agitaron los ánimos, para que se me quitase el grado y el mando de aquel ejército, que ya aterraba a los de Montevideo.

Bien se ve, que hablo de la revolución de 5 y 6 de Abril de 1811, y no tengo para calificar ante mi Nación, y ante todas las que han sido instruidas de ella cual será don Juan Ramón Balcarce, cuando lo presente como un individuo que cooperó a ella, y que acaso, en todo lo concerniente a mí, puedo asegurar, fue el primero y principal promovedor.

Conocía esto yo, y lo sabía muy bien, cuando el Gobierno me envió a tomar el mando de este ejército, y le hallé que estaba en Salta con una fuerza de caballería consulté con el general Pueyrredón, sobre su permanencia en el ejército, no por mí (hablo verdad), sino por la causa que defendemos, y me contestó que no había que desconfiar.

Con este dato, creyendo yo al general Pueyrredón un verdadero amante de su patria, apague mis desconfianzas, y habiéndome escrito con expresiones excedentes a mi mérito, le contesté en los términos de mayor urbanidad, y traté desde aquel

momento, de darle pruebas de que en mí no residía espíritu de venganza, sin embargo de haber observado por mí mismo, que su conciencia le remordía en sus procedimientos contra mí, y de los que con tanto descaro había ejecutado su hermano don Marcos, de que en el Gobierno hay pruebas evidentes.

Así es, que llegado al Campo Santo, donde se me reunió inmediatamente, lo hice reconocer de Mayor General interino del ejército, por hallarse indispuerto el señor Díaz Vélez, y sucesivamente fié a su cuidado, comisiones de importancia, dejándolo con el mando de lo que se llamaba ejército, mientras mi viaje a Pummanmrca. A mi regreso lo ocupe también, cuando la huida del obispo de Salta, o su ocultación, y no había cosa en que no le manifestase el aprecio que hacía de él.

Llega el caso de poner en movimiento el ejército, no porque estuviese en estado, porque con dificultad podía presentarse una fuerza más deshecha por sí misma, ya por su disciplina y subordinación, ya por su armamento, ya también, por los estragos del chucho (terciana o fiebre intermitente), sino porque convenía ver si con mi venida y los auxilios que me seguían, podía distraer al enemigo, de sus miras sobre Cochabamba.

Inmediatamente eché mano de él y lo mande a Humahuaca, con la tal cual fuerza disponible que había, quedándome yo con el resto, con que fui a Jujuy a situarme, para poder trabajar en lo mucho que debía hacerse, si se había de reponer un cuerpo enteramente inerte y casi en nulidad, que era el ejército, en donde no se conocía la filiación de in soldado, y había jefe, que en sus conversaciones privadas se oponía a ella, cual lo era el comandante de Húsares don Juan Andrés Pueyrredón, sin duda para que todo siguiera en el mismo desorden.

Me Imitaba en Jujuy, y por sus mismos partes (de Balcarce) y oficios, y aún cartas amistosas, clamaba porque le dejase salir a perseguir algunas partidas enemigas, que me decía, recorrían el campo, se lo permití, y llegado hasta Cangrejillos, y aún antes, me insinuaba que no convenía separarse tanto del Cuartel General¹ le hice retirarse,

¹ El que pone esta nota, se halló en esa pequeña expedición, en que Balcarce solo, llegó á Cangrejos, que es aún dos leguas menos de Cangrejillos. Solo una partida con Zelaya y

así porque supe que no había enemigos hasta Suipacha y aquellas cercanías, como porque veía que mí intento no se lograba, de poner en movimiento al enemigo, que sabía, si cabe decirlo así, tanto o más que yo, lo que era el tal ejército.

Se retiró, según mis órdenes, de Cangrejillos, y tiene la osadía de decirme en el papel, que me ha dado mérito a esta Memoria, que había ido hasta Yaví, y había ahuyentado a todas las partidas enemigas, cuando no encontró una, ni en aquella salida hubo más que mandar a don Cornelio Zelaya y don Juan Escobar, a traer al tío del Marques de Toxo, o Yaví, pues con los dos nombres era designado, de su población de Yaví.

Es verdad que en Humahuaca promovió el reclutamiento de los hijos de la Quebrada, que tanto honor han hecho a las armas de la patria, y se empeñó en su disciplina, para lo que él, confieso que es a propósito, y si en mi mano estuviera, lo destinaría a la enseñanza, y particularmente de la caballería, pero de ningún modo a las acciones de guerra.

Empecé a desconfiar de su actitud, para ellas, en los momentos en que me avisó los movimientos del enemigo de Suipacha, y puede juzgarse de su cavilosidad y cobardía, por sus mismos oficios y consultas repetidas, tanto, que me vi precisado a mandar al mayor general Díaz Vélez a hacerse cargo del mando, y aún a escribirle una carta reservada, del estado de mi corazón, respecto de aquel, pues ya no confiaba en sus operaciones, y me llenaba de desconfianza de si quería o no hacer lo que hizo con Pueyrredón², de darle un parte de que los enemigos bajaban, para que se retirase, cuando aquellos ni lo habían imaginado.

Escobar llegó a Yaví, sin más ventaja, que traer preso a un viejo, tío del Marqués de este título, quién dijo que había sido robado, lo que pienso que es falso.

² Consultando mi memoria, que acostumbra ser algo fiel, no hallo sino que cuando la retirada de Pueyrredón, a que alude el autor, no era Balcarce, sino Díaz Vélez, quien mandaba la vanguardia, y era consiguiente que este diese los partes de la aproximación del enemigo. Solamente que se refiera a algunas noticias extra-oficiales que diese aquel a Pueyrredón, o a consejos que este le hubiese pedido. De otro modo, no puedo explicar esto.

Llegado el mayor general Díaz Vélez, a Humahuaca, con el designio de distraer al enemigo, por uno de sus flancos, no pudiendo verificarlo por su proximidad, dictó sus órdenes para que se retirasen las avanzadas, que hizo firmara Balcarce, por la mayor prontitud, y aún al día siguiente se privase de esto, para decir de su honrosa retirada, cuando todas las disposiciones eran debidas al expresado Mayor General, y cuando jamás se le vio a retaguardia de la tropa, pues al contrario, en la vanguardia con los batidores, era su marcha.

Esto lo presencie por mí mismo, cuando habiéndome dado parte, en la Cabeza del Buey, de que el enemigo avanzaba y solo distaba cuatro cuabras del cuerpo de retaguardia, mandé que se replegase a mi posición y me dispuse a recibirlo; vi pues entonces, que con los batidores, y a un buen trote, el primer oficial que se me presento fue el don Juan Ramón, y sé que sucesivamente hizo otro tanto, hasta que vino envuelto entre el cuerpo dicho de retaguardia, perseguido de los enemigos. Cuando estos se me presentaron en el Rio de las Piedras, y logre rechazarlos con cien Cazadores, cien pardos, y otros tantos de caballería, y entre los cuales, no fue el primero a presentárseles, ni a subir una altura que ocupaban, y en que se distinguió el capitán don Marcelino Cornejo, habiendo quedado a retaguardia el mencionado don Juan Ramón.

Como desde esta acción³, ya mi cuerpo de retaguardia, viniese a corta distancia, resuelto a sostenerme, para no perderlo todo, consultando con el Mayor General, en la Encrucijada, los medios y arbitrios que pudiéramos tomar para el efecto, me apunto al nominado don Juan Ramón, para enviarlo con anticipación a ésta (Tucumán), donde tenía concepto, por haber estado en otro tiempo de ayudante de

³ Me es muy sensible notar, que el autor se haya dejado dominar tanto de (por otra parte) su justo resentimiento, que para hacer cargos a Balcarce, olvide que había otro (sin que por esto diga que falte a la verdad) que era el verdaderamente responsable. Tanto en Ja Cabeza del Buey, como en el Rio de las Piedras, era Díaz Vélez quién mandaba la retaguardia, y Balcarce era su subordinado. Yo, que aunque muy joven y en un grado muy subalterno, me hallé presente en esos hechos de armas, puedo dar algunos conocimientos que ilustren esta Memoria. Se me viene la idea de comentarla y continuarla, y quizá lo haré, si tengo algunos ratos desocupados.

las milicias. y me resolví; dándole las más amplias facultades para promover la reunión de gente y armas, y estimular al vecindario a la defensa.

Desempeñó esta comisión muy bien, dio sus providencias para la reunión de gente, así en la ciudad como en la campaña, bien que más tuvo efecto la de esta, en que intervinieron don Bernabé Araoz, don Diego Araoz y el cura doctor don Pedro Miguel Araoz, pues de la ciudad, la mayor parte, con vanos pretextos o sin ellos, no tomaron las armas, siendo los primeros que no asistieron, los capitulares, exceptuándose solamente don Cayetano Araoz, y habiéndose ido dos o tres días antes de la acción, el gobernador intendente, don Domingo García, y no pareciendo en ella, el teniente gobernador, don Francisco Ugarte.

El día que me acercaba a esta ciudad, se anticipó el ayudante de don Juan Ramón, don José María Palomeque, a anunciarme la reunión de gente, noticia que recibí con el mayor gusto, y que ensancho mi ánimo. Volé a verla por mí mismo, y hable con aquel en la quinta de Ávila, donde nos encontramos, y haciendo toda confianza de él, y tratando de nuestra situación, le hice ver las instrucciones que me gobernaban, las más reservadas, manifestándole mi opinión acerca de esperar al enemigo; convino, lo mismo que había hecho en la Encrucijada, exponiéndome que no había otro medio de salvarnos, en cuya consecuencia, escribí al Gobierno el 12 de Setiembre, y aún le enseñe allí mismo el borrador, haciendo toda confianza de él.

Sucesivamente se reunieron hasta seiscientos hombres, a sus órdenes, en que había Húsares, decididos⁴ y paisanos, y les dio sus lecciones constantemente, contrayéndose, en verdad, a su instrucción y a entusiasmarlos en los días que mediaron, con un celo digno de aprecio, pero ya empecé a entrever su insubordinación, respecto del mayor General Díaz Vélez, y una cierta especie de partido que se formaba, habiendo llegado a término de escándalo la primera, aún a las inmediateces de la tropa y paisanaje, que me fue necesario prudenciar por las circunstancias, y en particular, por no descontentar a los últimos, que como he dicho, tenían un gran concepto formado de él. Es preciso no echar mano, jamás, de paisanos,

⁴ Eran dos compañías de mozos decentes, una de Salta y otra de Tucumán.

para la guerra, a menos de no verse en un caso tan apurado como en el que me he visto.

Dispuse, pues, dividir aquel cuerpo, dándole a mandar la ala derecha, que la componía una mitad de dicho cuerpo, y a don José Bernaldes la ala izquierda, que era la otra mitad, con orden expresa de que se dividieran del mismo modo las armas de fuego, orden que no se cumplió, y de que fui exactamente cerciorado, cuando al marchar para el frente del enemigo, me hace presente Bernaldes, la falta de armas de fuego, por no haberse ejecutado mi expresada orden.

El momento de la acción del 24, llega; la formación de la infantería era en tres columnas, con cuatro piezas para los claros, y la caballería marchaba en batalla, por no estar impuesta ni disciplinada para los despliegues, ni podía ser, en tan corto tiempo como el que había mediado del 12 al 24.

Hallándome con el ejército, a menos de tiro de cañón, del enemigo, mande desplegar por la izquierda las tres columnas de infantería, única evolución⁵ que hablan podido aprender en los tres días anteriores, en que habíamos hecho algunas evoluciones de línea, y que se podía esperar que se ejecutase la tropa con facilidad y sin equivocación, quedando los intervalos correspondientes para la artillería. Se hizo esta maniobra con mejor éxito que en un día de ejercicio.

El campo de batalla no había sido reconocido por mí, porque no se me había pasado por la imaginación, que el enemigo intentase venir por aquel camino a tomar la retaguardia del pueblo, con el designio de cortarme toda retirada; por consiguiente, me halle en posición desventajosa, con partes del ejército en un bajío, y mandé avanzar, siempre en línea al enemigo, que ocupaba una altura⁶, y sufría sus fuegos de fusilería, sin responder más que con artillería, hasta que observando que ésta había abierto claros y que los enemigos, ya se buscaban unos a otros para guarecerse, mandé que avanzase la caballería, y ordené que se tocase paso de ataque a la infantería.

⁵ Parece que hay algo de exagerado, por lo menos en la tropa vieja.

⁶ Altura de muy poca elevación, lomada, pues el terreno es llano.

Confieso que fue una gloria para mí, ver que el resultado de mis lecciones a los infantes, para acostumbrarlos a calar bayoneta, al oír aquel toque, correspondió a mis deseos; no así en la caballería de la ala derecha, que mandaba don Juan Ramón Balcarce, pues lejos de avanzar a su frente, se me iba en desfilada por el costado derecho; en esta situación, observé que el enemigo desfilaba en martillo, a tomar el flanco izquierdo de mi línea, y fiando al cuidado de los jefes de aquel costado, aquella atención, me contraje a que la caballería de la ala derecha ejecutase mis órdenes.

Hallándome en aquellos apuros, no se quien vino a decirme de la parte de Balcarce, que luego que la infantería hubiese destrozado al enemigo, avanzaría la caballería; entonces se redoblaron mis órdenes de avanzar, y empezándolas a cumplir, marchando el ejército, le mandé decir con mi edecán Pico, que no era aquel modo de avanzar, que lo ejecutase a galope. Sin embargo, tomó dirección, no a su frente, sino sobre la, derecha, y viéndome así burlado en mi idea, volví la cara a retaguardia, y presentándoseme en el cuerpo de reserva el capitán don Antonino Rodríguez, al frente de la caballería que había, allí, le mande avanzar por el punto donde me hallaba, y lo ejecuto con un denuedo propio.

Observaba este movimiento, y vuelvo sobre mi costado izquierdo, para saber el éxito de aquella tropa del enemigo, que había visto desfilar, y me encuentro con el coronel Moldes que se venía hacia, mí, y me pregunta: *¿Donde va usted a buscar mi gente?* (su gente debería decir, porque el coronel Moldes no mandaba ninguna). Entonces me manifiesta que estaba cortado; *pues, vamos a buscar la caballería*, le dije, y tomo mi frente, que los enemigos habían abandonado...

•

Hasta aquí llega lo que escribió el general Belgrano, de esta Memoria. Sensible es que no la concluyese.

MEMORIAS PÓSTUMAS DEL GENERAL PAZ
CAPÍTULO I
TUCUMÁN

Origen de estas Memorias.–El Barón de Hølemberg.–Cualidades eminentes del general Belgrano.–Don José R. Balcarce.–Deplorable estado de la caballería.–Desavenencias entre Belgrano y Balcarce.

–
El teniente Escobar.–Retirada del ejército.–Acción de las Piedras. – Honor al general Belgrano–Movimiento de los realistas.– Fuerzas de los beligerantes.–Disposiciones para el combate.–Peripecias de ambas líneas de batalla.–El teniente coronel Dorrego y el mayor Torres.–Extraño comportamiento de la caballería.–Papel de Hølemberg en la jornada.–Sn separación del ejército.– Nieblas de la victoria.–Comisiones del teniente Paz.–La vanguardia al mando de Díaz Vélez.–El general Arenales.

La lectura del fragmento de una Memoria sobre la batalla de Tucumán, escrita por el virtuoso y digno general Belgrano, rae ha hecho recordar aquellos hechos de que fui testigo y actor, aunque en una edad muy temprana y una graduación muy subalterna, y excitado el deseo de hacer sobre ella algunas observaciones y, si me fuese posible, concluirla. Me esforzare a llenar mi intento, pero advirtiendo: Primero, que hace más de treinta y seis años que tuvieron lugar aquellos sucesos; Segundo, que no tengo para referirlos, otro auxiliar que mi memoria; Tercero, que siendo entonces un teniente y estando en el primer aprendizaje de mi carrera, no pude juzgar sino por lo que vi u oí a algunos oficiales jóvenes como yo (con poca excepción), ni debí apreciar los hechos, como me ha sucedido después, con el auxilio de la experiencia. Es, pues, en cierto modo, una ventaja que esta ocurrencia me venga tan tarde, y además, concurre la de que no podían entonces ni ahora agitarme las pasiones de ese tiempo, de modo que puede casi decirse, que me ocupó de sucesos de que no soy contemporáneo.

Sera conveniente advertir, que cuando la acción de Tucumán, era yo teniente ° de un cuerpo de Húsares, que había formado el general Pueyrredón, antecesor del general Belgrano, y me hallaba en esa misma vanguardia de Humahuaca con mi

cuerpo, cuando llego al ejército el Barón de Hølemberg (ahora don Eduardo Hølemberg, residente en Buenos Aires) a quien el general Belgrano dio el empleo de Comandante General de Artillería, y aun se le llamaba Jefe de Estado Mayor, sin que entonces ni ahora haya podido saber lo que se entendía bajo esta denominación.

Los Estados Mayores no estaban conocidos en aquel tiempo, y las funciones de estos, estaban encargadas a los Mayores Generales y Cuartel Maestro, según la ordenanza española. Sospecho, pues, que al dar al Barón un título que nadie entendía, solo se quiso halagarlo, porque se tenía de él la más alta idea en punto a conocimientos militares y práctica de la guerra¹,

El que más participaba de este concepto, era el general Belgrano, quien tenía la más absoluta deferencia a cuanto decía o hacía el Barón. Además, se aconsejaba de él para las operaciones militares, y seguía sus opiniones, casi sin examen. Yo, que (como después diré) fui ayudante del Barón en la campaña, y que lo acompañaba frecuentemente al Cuartel General, soy testigo de las consideraciones que se le dispensaban, y de lo persuadido que él estaba de cuanto valía su voto en materias militares. Pienso que una de las cosas que más contribuyó a captarle la confianza del General, fue el empeño que manifestaba de establecer una disciplina severa (punto que no podía menos de agradar mucho al General), llegando a tanto, que quería aplicar sin discernimiento a nuestros ejércitos semi-irregulares, los rigores de la disciplina alemana. Con esto consiguió hacerse odioso en el ejército, y despopularizar, hasta cierto punto, al General, por la ciega protección que le daba. Al fin se vio precisado a sacrificarlo, como después veremos, separándolo del mando, y mandándolo a Buenos Aires, de un modo muy desairado.

Llegado el Barón a Jujuy, e investido de esta privanza, quiso traer a la artillería algunos oficiales de otras armas, que por sus conocimientos pudiesen ser útiles a aquella, y tomando informes, no sé quién se los daría tan favorables de mí, que le persuadieron pedirme al General. El hecho es, que, sin otro antecedente, recibí en

¹ Puede ser que el título de Jefe de Estado Mayor no le fuese conferido oficialmente; pues, estando yo en la vanguardia cuando la llegada del Barón al Cuartel General, no recuerdo como fue dado a reconocer. Lo que es exacto, es que la artillería, parque, maestranza, casa de bustos, etc., estaban a sus órdenes.

Humahuaca la orden de pasar a continuar mis servicios en la artillería, en clase de agregado, pero conservando la efectividad en mi cuerpo. Posteriormente se me propuso pasar a ser efectivo de artillería, pero jamás quise consentirlo. En consecuencia de la orden que se me había comunicado, me incorpore provisoriamente a la fracción de artilleros que estaba en la vanguardia, y solo fue cuando se emprendió la retirada, que me reuní al cuerpo del ejército y conocí al Barón personalmente.

Casi con la revolución de Mayo, tuvieron nacimiento los partidos que han despedazado después la Republica.

El movimiento del 5 y 6 de Abril, de que hace mención la Memoria, fue el primer paso anárquico, después del establecimiento de la Junta Provisoria del año de 1810. Por poco que se medite, un ojo medianamente ejercitado puede entrever en esos primeros partidos, no obstante las infinitas y aun esenciales modificaciones que han sufrido, el origen de las dos fracciones que hasta ahora dividen la República Argentina. ¿Qué mucho es, pues, que desde entonces veamos estar en oposición al general Belgrano y al entonces teniente coronel don Juan R. Balcarce, y mucho más si intervenían motivos personales, como lo aseguro el primero? El señor Balcarce pertenecía, como el general don Martín Rodríguez, y otros muchos, después acérrimos unitarios, al partido que se decía de Saavedra, mientras el general Belgrano (sea dicho en su obsequio), no era hombre de partido, y no simpatizaba con él. Reunidos ambos Jefes en un mismo ejército, a cada momento se resentían sus relaciones de los servicios de los partidos a que pertenecían y que estaban todavía en lucha.

Nada tiene, pues, de extraño, esa desconfianza mutua que mediaba entre ellos, y que esta, al fin diese los malos frutos que patentiza la Memoria. Entre tanto, diré algunas palabras sobre los caracteres y méritos de ambos contendores. El general Belgrano, sin embargo de su mucha aplicación, no tenía, como el mismo lo dice, grandes conocimientos militares, pero poseía un juicio recto, una honradez a toda prueba, un patriotismo el más puro y desinteresado, el más exquisito amor al orden, un entusiasmo decidido por la disciplina, y un valor moral que jamás se ha desmentido. Mas, a estas cualidades eminentes, reunía cierta ligereza de carácter

para juzgar de los hombres con quienes trataba, que le produjo equivocaciones muy notables, como se deja entrever en varios pasajes de su misma Memoria. Las primeras impresiones tenían en él una influencia poderosa; de modo que si en sus primeras relaciones con una persona, aquellas eran favorables, podía contar ésta por mucho tiempo con la benevolencia del General, y por el contrario, cuando había formado mal concepto de alguno, por algunos actos, que aunque fuesen reprobables, no merecían una eterna reprobación, era difícil volver a obtener sus buenas gracias. De aquí resultaba, que se dejaba alucinar con mucha facilidad, y hemos visto oficiales, y aun individuos de tropa, que no eran más que charlatanes, que le merecieron un gran concepto de valientes y arrojados. Por ejemplo, cuando quería mandar hombres intrépidos que descubriesen al enemigo, bastaba para captarse su estimación, ofrecerse a ir hasta el medio del ejército contrario, sin que después se cuidase mucho de averiguar de si había o no llenado su compromiso, y sin que le trajese mucha responsabilidad la inexactitud de sus noticias. Lo mismo sucedía con un jefe u oficial, que en teoría allanaba las dificultades de una operación, o que se ofrecía a ir a batir una fuerza enemiga, con otra de la mitad de su número. La primera impresión que esta charlatanería había producido en su ánimo, era por lo común duradera.

Tenía también más facilidad de la que era conveniente para expresarse con respecto a un oficial en punto a valor, y principalmente, cuando se acercaba el momento de una acción, lo hemos visto muchas veces herir la susceptibilidad de un hombre delicado, con poco motivo. Si a esto se agrega la falibilidad de sus juicios² en razón de lo que acabo de exponer poco antes, se verá el peligro que había de cometer una injusticia.

Del señor Balcarce puedo decir menos, porque lo he tratado poco; pero a lo que juzgo por lo que he visto y oído, era un hombre honrado, patriota sincero, de pocas luces y cortos talentos. Era de aquellos pocos americanos que desde el tiempo de la

² En el año 17, cuando yo era teniente coronel, y que de consiguiente podía aproximármele más, recordando la batalla desgraciada de Ayohuma, dijo estas terminantes palabras: *Perdí esa batalla por cinco jefes cobardes que no correspondieron al concepto que yo tenía de ellos*. No los nombró, pero se positivamente a quienes aludía. Sin embargo, ellos hablan merecido antes sus distinciones y su plena confianza.

monarquía habían seguido la carrera de las armas, y de consiguiente, tenía la pretensión de ser considerado como un veterano, quien por lo común mira en menos a sus noveles compañeros. No era un genio para la guerra, pero lo he creído capaz de llenar los deberes del puesto que se le confiase y de desempeñar medianamente comisiones de tal cual importancia; en una palabra era un hombre mediocre. Tampoco pienso que tenía un carácter intrigante, como dice la Memoria; más, imbuido en la antigua rutina de la milicia española, no podía amoldarse a la impulsión que el general Belgrano quería dar, y a la nueva organización del ejército. De aquí provenía esa resistencia que el General clasificó de insubordinación e intriga, y que pudo haber degenerado hasta tal punto, sin que yo me halle en estado de juzgarlo.

Con este motivo me permitiré una observación que hirió mi imaginación desde mis primeros pasos en la carrera de la milicia. Ella no es en todo común a don Juan R. Balcarce, que nunca estuvo en Europa, pero sí a sus otros hermanos que estuvieron en España durante la guerra de Napoleón, y sirvieron un tiempo a las órdenes de Wellington.

¿Se creerá que estos oficiales que siempre pertenecieron al arma de caballería, no diesen de regreso a su país, nociones útiles sobre ella? Hasta que vino el general San Martín, nuestra caballería no merecía ni el nombre, y dotados nuestros hombres de las mejores disposiciones, no prestaban buenos servicios en dicha arma, porque no hubo un jefe capaz de aprovecharlas. Afortunadamente lo mismo sucedía en el ejército enemigo, en donde hasta que vino el general Canterac, su caballería aun era peor que la nuestra, porque los peruanos ni aun saben cabalgar, y en esto consistió la ventaja relativa que siempre se dio a la caballería de los ejércitos patrios, y en nada otra cosa. Me persuado, pues, que las cualidades características de don Juan R. Balcarce, eran comunes a sus hermanos (debo exceptuar a don Diego, que murió en edad temprana, de prendas sumamente estimables, y amigo mío; si alguna vez continuare esta ocupación de escribir, me hare un placer en hablar de él). Todos ellos eran hombres honrados, de juicio, con tal cual instrucción, pero de limitados talentos, lerdos de genio, y de consiguiente, incapaces de inventar algo, ni aun aplicar en su país lo mismo que hablan visto en otros. Acaso esta observación pudiera extenderse a algunos otros oficiales que se hayan visto en las mismas circunstancias, pero no

los recuerdo en este momento, al menos de los que hayan pertenecido al arma de caballería.

Volviendo a la Memoria del general Belgrano, diré que no tengo conocimiento del papel que dice le pasó Balcarce, después de la acción de Tucumán, de que tanto se ofendió; pero sí puedo decir algo de las desavenencias que ocurrieron, cuyos pormenores llegaron a noticia de todos. Como en dicho papel, según la Memoria, se habla de la expedición que Balcarce hizo con una fuerza de caballería, hasta Cangrejos, referiré lo que hubo.

Mientras nuestra vanguardia se hallaba en Humahuaca, la enemiga permanecía en Suipacha, distante cuarenta y cinco leguas; más, no es extraño que algunas partidas se corriesen una parte del terreno intermedio, sin que jamás llegasen a incomodarnos. Repentinamente se dio orden a los Húsares y Dragones que allí había, que serían como trescientos hombres, y una compañía de infantería montada, de estar prontos a marchar. Efectivamente lo hicimos, poniéndose a la cabeza el señor Balcarce, jefe de vanguardia. Haciendo nuestras marchas muy cómoda y pacíficamente, llegamos a Cangrejos, y no Cangrejillos, como dice la Memoria³, e hicimos alto por cuatro o seis días. En este tiempo se desprendió una partida a cargo del entonces capitán don Cornelio Zelaya, a quien le acompañó el teniente don Juan Escobar, la que llegó a Yabí, que dista nueve leguas de Cangrejos, y arrestó a un anciano, tío del Marqués, que estaba descuidado en la hacienda. Es verdad que el Marqués servía en esa época en el ejército enemigo, y acaso se creería que el tío participaba de sus opiniones o de sus compromisos. Sea lo que sea, este fue el único trofeo y el manifiesto de esta pequeña expedición, además de la alarma y cuidados que pudo dar al enemigo, nuestro movimiento. Por grande que esta fuese, la operación no era de importancia, y en consecuencia, es ridículo que el señor Balcarce se vanagloriase de ella, y la citase como una acción meritoria. Es preciso que un militar sea muy pobre de servicios y de gloria, para que se envanezca de hechos tan comunes.

He nombrado al teniente entonces, don Juan Escobar, y no quiero pasar por alto el despreciable rol que jugó en esa época, como en otras posteriores. Era ayudante

³ Cangrejillos está dos leguas más allá de Cangrejos.

del señor Balcarce, pero seguramente era un espía que tenía cerca de él. Al general Belgrano, es fuera de duda que le trasmitía cuanto chisme podía reunir, y lo que es peor, que él mismo provocaba algunas conversaciones inconvenientes, para hacerle el mérito de la demanda. Yo mismo tuve que sufrir inocentemente, puedo decir, por causa de ese desgraciado, por no decir depravado joven. El caso fue el siguiente:

Por las noches nos reuníamos varios oficiales en casa del capitán don Francisco Casado, que estaba enfermo, y como es natural, se tocaban puntos militares y se emitían juicios sobre nuestros generales. Casado era un charlatán entretenido, y al mismo tiempo tenía la opinión de muy cobarde; frecuentemente gustaban muchos de los concurrentes, y Escobar el primero entre todos, de trasmitirle noticias inventadas, de gruesas divisiones enemigas que nos rodeaban, y de aumentar las fuerzas del ejército Real. Al mismo tiempo, Escobar, que iba y venía con frecuencia al Cuartel General, aseguraba que el señor Belgrano estaba resuelto a admitir la batalla, y aun a buscarla, aunque fuese con mil hombres contra diez mil. El susto de Casado llegaba a lo sumo con estas noticias, y en un momento de exaltación llegó a decir: *Es preciso contener a este tal* (hablando del general Belgrano), *para que no haga con nosotros lo que hizo con el ejército del Paraguay, al que comprometió en términos, que solo salvó por un milagro.* El asunto no era tan sencillo, si hubiese tenido los caracteres de formalidad que se le quiso dar, pero no había tal, al menos como yo lo comprendí, porque más era una burla que Escobar, más que otro alguno, quería hacer a Casado; pero aun cuando él tuviese toda la gravedad que quiera dársele, el rol de Escobar fue infame, y digno de un miserable intrigante.

El resultado fue, que una noche fuimos sorprendidos siete oficiales, siendo Escobar uno de ellos, y puestos incomunicados y en rigurosa prisión; se procedió inmediatamente a formar un proceso, y el mismo Balcarce fue quien tomó las primeras declaraciones; antes de las veinte y cuatro horas, después de haber dado la mía, se me levantó la incomunicación y quedé arrestado en mi alojamiento. Lo mismo se hizo con don Alejandro Heredia, después General; don Domingo Arévalo, después Coronel; con Escobar y demás. A los ocho días fuimos puestos en libertad, después de una seria admonición, menos Casado, cuya causa continuó, hasta que al fin se le mandó a Buenos Aires. Solo la declaración de Escobar lo condenaba cruelmente, y tuvo la desvergüenza de quererme persuadir a que yo lo hiciese,

traspasando los límites de lo justo y razonable; mas, no lo consiguió. Casado continuó sirviendo en Buenos Aires hasta que cometió una falta mucho más grave y de otra especie, que le costó el empleo, y pudo costarle la vida, si no fuga. Después de muchos años, lo encontré en la Banda Oriental, y estuvo de vivandero en el Cerro Largo.

De todo esto infiero, que nunca hubo verdadera confianza entre el general Belgrano y don Juan R. Balcarce, y que tampoco se pusieron los medios adecuados para establecerla. Entre tanto, vino la invasión del enemigo, y el cuerpo de vanguardia emprendió su movimiento retrogrado: quedando un cuerpo de caballería, se incorporó lo restante al ejército en Jujuy el mismo día que este emprendía el suyo para Tucumán. Recuerdo que atravesamos el pueblo de Jujuy en toda su extensión, sin permitirnos separarnos, ni aun para proveernos de un poco de pan. Acampamos durante tres o cuatro horas a la inmediación de la ciudad, y tampoco se nos permitió entrar, ni mandar nuestros asistentes a proveernos de lo más preciso: tan riguroso y severo era el general Belgrano, como lo que acabo de decir.

Continuó la retirada el ejército, marchando casi de día y noche, porque la proximidad del enemigo lo requería.

Es indudable, que el general Belgrano desconfiaba de la exactitud de los partes que se le trasmitían, como lo prueba la lentitud de sus movimientos, sin que la ida del general Díaz Vélez, a mandar la vanguardia convertida en retaguardia, le diese muchas más seguridades. Este se había recibido del mando en el mismo Humahuaca o sus inmediaciones; pero, eso de pensar llamar la atención del enemigo con movimientos parciales sobre sus flancos, sobre ser sumamente peligroso, era absolutamente impracticable. El mismo General dice, que el enemigo sabía tanto o más que él, de nuestro ejército, y, ¿cómo poder entonces darle una idea exagerada y falsa de nuestras fuerzas? ¿Cómo ocultarle movimientos que era preciso que no conociese hasta determinado tiempo? En aquella situación, cualquier movimiento de esa naturaleza hubiera comprometido la fuerza que lo hacía, y el ejército, todo, sin la menor utilidad. Es más bien de creer, que en los ardientes deseos que tenía el General de hacer algo por el honor de nuestras armas y de nuestro ejército, que daba la espalda al enemigo para emprender una retirada, se proponía un movimiento

cualquiera que desdijese la idea de debilidad que podía atribuírsele, y que los jefes de la vanguardia no supieron pintarle la verdadera situación de las cosas, o que él creyó sus relaciones. Pero volvamos a nuestra marcha retrógrada.

A distancia de veinte leguas de Jujuy, en Cobos, hubo una alarma, la que provino de haberse incendiado una carretilla de munición, de unas cuantas que marchaban adelante del ejército, como a una legua. La sucesiva explosión de los cajones de cartuchos, se asemejaba a disparos de cañón, lo que a ser cierto, hubiera debido el enemigo habernos cortado la retirada completamente. A las tres leguas de Cobos, está la Cabeza del Buey, que fue donde nuestra retaguardia, perseguida vivamente por el enemigo, se incorporó al ejército; éste se dispuso a una batalla, pero el enemigo, o mejor diré, su vanguardia, se retiró poco antes de llegar donde estaba el grueso de nuestras fuerzas. En ese día y los anteriores, habíamos perdido seis o siete oficiales que habían sido prisioneros: don Máximo y don Francisco Zamudio y el célebre Escobar⁴, eran de este número. Este mismo día, se pasó a los enemigos don

⁴ Llegado Escobar a Potosí y colocado en la cárcel con sus otros compañeros, fue sacado un día y llevado a la capilla de la misma cárcel, donde se hallaban reunidos el Gobernador Intendente, el Vicario eclesiástico, los prelados de los conventos, los delegados de la Inquisición y otros señores de categoría. Luego que entro, se le preguntó cuál era su religión, y se le exigió su profesión de fe. El hecho es enteramente público, pero estos pormenores los he sabido por él mismo. Como no pudiese expedirse con facilidad, por la extraordinaria conmoción que le había causado tan solemne aparato, le mandaron que dijese el Credo, y después de pronunciar las primeras palabras, cayó en tierra, enteramente privado de sentido. Cuando volvió en sí, la reunión se había disuelto, y él se encontró en manos de un eclesiástico que tenía el encargo de catequizarlo; lo doctrino muchos días, le dio largos ejercicios espirituales, le administro los Sacramentos, y por remate de cuentas, casi se le trastorna el juicio. Solo cuando lo vieron en este deplorable estado, se compadecieron de él, y lo sacaron de la cárcel; lo tuvo el General unos cuantos días en su casa, hasta que lo volvieron, sintiéndolo algo restablecido, a un cuartel, adonde hablan trasladado a sus compañeros. Quizá me equivoco en decir, que tuvieron compasión de él las autoridades españolas. Es probable que la variación favorable provino de la noticia de nuestra victoria de Tucumán, en donde se les habían tomado jefes y oficiales prisioneros, entre ellos, al coronel Barreda, primo de Goyeneche; entonces solo fue que trasladaron a los otros prisioneros, de la cárcel a un cuartel. Solo con los prisioneros de nuestro ejército, se guardó el derecho de gentes; todos los que se hacía a los insurgentes peruanos, eran ahorcados como traidores. Pero, se me dirá: ¿Por qué

Manuel Benavides, habiendo hecho lo mismo en Huraahuaca, su hermano don Venancio, que murió meses después, en la acción de Salta; orientales ambos, que habían venido de su país a servir en el ejército, que abandonaron por resentimientos personales con el jefe de su cuerpo.

Desde allí, nuestra vanguardia fue reforzada, habiéndose puesto alguna infantería montada y dos piezas muy ligeras de artillería de montaña. A los tres o cuatro días, hallándose el ejército en el río de las Piedras, y la vanguardia o retaguardia, a dos leguas de distancia, fue embestida por la enemiga, al mando del coronel Huici, y puesta en fuga, perdiendo algunos prisioneros y sus dos cañones, sin que hubiesen disparado un tiro. Esta tropa en la mayor confusión y desorden, se replegó sobre el ejército y pasó a formarse a retaguardia. Nosotros estábamos en una buena posición, y no teníamos que temer de una división enemiga, compuesta de mala caballería en su mayor parte; así fue, que nos mantuvimos firmes, y el enemigo no se atrevió ni con mucho, a forzar nuestra posición. Se contentó con tomar momentáneamente una altura que estaba al frente, y tirotear a mucha distancia. Visto que el enemigo no avanzaba, hizo el general Belgrano salir dos fuertes guerrillas de cien hombres cada una, por los costados por donde el terreno era quebrado, y un poco de caballería por el camino que quedaba al centro; el enemigo, a su vez, se puso en retirada y fue perseguido, tomándole quince o veinte prisioneros y matándole otros tantos. Sin embargo que nuestra pérdida había sido menor, como el desenlace había sido la retirada del enemigo y la captura de algunos prisioneros, primeros que veíamos después de mucho tiempo, se celebró como una importante victoria, y contribuyó a alentar el ejército. El enemigo se hizo también más circunspecto, y no volvió a incomodar nuestra retaguardia; no obstante lo cual, tuvo una pérdida mayor que la que había experimentado, del modo más raro y casual, al menos así me pareció entonces;

con Escobar se particularizaron? Voy a decirlo: Cuando se retiraba el ejército derrotado en el Desaguadero, se detuvo Castelli unos días en Chuquisaca, y sus ayudantes, de los que uno era Escobar, acompañados de otros oficiales locos, pasando una noche por una iglesia, vieron una cruz en el pórtico, a la que los devotos ponían luces; alguno de ellos declamó contra la ignorancia y fanatismo de aquellos pueblos, y otro propuso, para ilustrarlos, arrancar la cruz y destruirla; así lo hicieron, arrastrándola un trecho por la calle. Este era un caso de inquisición.

mas, después que yo caí prisionero, de un modo más o menos semejante, diez y nueve años después, durante la guerra civil, ya no me ha parecido tan extraño.

Nuestro ejército, consultando la comodidad del camino, dejó el de la posta a la derecha, y tomo el de Carretas, que va por Burro-Yaco; todo esto contribuyó a dar más confianza al jefe de la vanguardia enemiga, que seguía el camino de posta, que con razón suponía enteramente abandonado. Al avistar Las Trancas, pueblo que dista veinte leguas de Tucumán, se le ocurrió al coronel Huici, que la mandaba, adelantarse unas pocas cuadras de la cabeza de la columna, y entrar primero que todos a dicha villa. Una pequeña partida de paisanos, que al mando del capitán don Esteban Figueroa, se retiraba al acercarse la columna, vio llegar tres hombres y desmontarse en una casa que hallaron habitada; creyeron tener tiempo de apoderarse de ellos antes que los socorriese la columna, y así lo hicieron; eran, el expresado coronel Huici, un porta-estandarte Negreiros, y un Capellán. Luego que los hubieron tomado, los obligaron a montar a caballo, y los hicieron volar más que correr; todo lo que hicieron sus compañeros para alcanzarlos y recuperarlos, fue inútil. Esto había sucedido a las cuatro de la tarde; a las doce de la noche, estaban en Tucumán.

Allí se hallaba nuestro ejército desde el día antes; la infantería y artillería había acampado en la plaza principal; ya no era un misterio que allí aguardaríamos al enemigo para decidir la cuestión en una batalla. La decisión del pueblo y campaña, aumentaba la confianza del ejército, y aunque nadie ignoraba la superioridad numérica del enemigo, todos esperábamos la victoria.

Todo cuanto dice el general Belgrano en su Memoria, sobre lo que precedió a la batalla, es de la más rigurosa exactitud, pero ha callado mucho de lo que dice relación a su persona.

El puesto del general Belgrano durante toda la retirada, es eminente. Por más críticas que fuesen nuestras circunstancias, jamás se dejó sobrecoger del terror que suele dominar las almas vulgares, y por grande que fuese su responsabilidad, la arrostró con una constancia heroica. En las situaciones más peligrosas, se manifestó digno del puesto que ocupaba, alentando a los débiles e imponiendo a los que suponía

pusilánimes, aunque usando a veces de causticidad ofensiva⁵. Jamás desesperé de la salud de la patria, mirando con la más marcada aversión, a los que opinaban

⁵ Se me ocurre referir lo que me sucedió poco más de un año después de la acción de Tucumán, la ante-víspera de la acción de Ayohuma. Teníamos al ejército enemigo en las alturas del frente, y las guardias avanzadas se relevaban de noche, para que el enemigo no pudiese calcular la fuerza. Poco más de la media noche, se oyeron unos cuantos tiros en los puestos enemigos; más, como no se notase movimiento, no pase el parte de aquella ocurrencia; pero después llego a visitar las guardias el Jefe de Día, que era el mayor de mi regimiento, don Máximo Zamudio, que había oído también los tiros. Ya se comprenderá lo que se me pasaba decir: que yo estaba de servicio en los puntos avanzados, y que mandaba, como capitán que era, otros dos dependientes subalternos. El Jefe de Día, luego que hubo inspeccionado mi guardia, me pregunto si había dado al General el parte de los tiros que se hablan oído; y sobre mi contestación negativa, me ordeno terminantemente que lo hiciese, como lo verifiqué, sin que se me diese otra contestación, que el quedar enterado. Pasado el medio día, de resultas de haber ido una partida pequeña nuestra, a explorar el campo intermedio, hubo un movimiento en los puntos avanzados enemigos, y se trabó un tiroteo bastante sostenido; con este motivo, dejando mi guardia, que era la principal, a cargo del inmediato subalterno, me fui a los puestos más avanzados, para juzgar mejor de lo que sucedía, y dar mis partes con la posible exactitud. Cuando todo hubo pasado, regresé y supe que el General en Jefe había estado en mi guardia principal, atraído también por la novedad; por lo pronto, nada me dijo mi subalterno de lo que había oído al General, porque sin duda no le dio mucho valor, pero en el curso de la conversación, me conto que entre otras cosas, había dicho: *Vea usted, o vean ustedes; anoche, un oficial de guardia me mandó el parte de que había oído unos cuantos tiros, y le mandé contestar, que si tenía miedo, se atase los calzones.* Yo pude muy bien creer, que aquellas expresiones se hablan dirigido a mí, sin embargo que no había recibido semejante contestación, y llegue efectivamente a persuádmelo. Entonces me creí herido en lo más vivo de mi honor, y se apodero de mí el más amargo pesar, y una desesperación parecida a un frenesí. Las tres o cuatro horas que pasaron hasta que fui relevado, fueron terribles, y luego que llegué al campo, sin aproximarme a mi tienda, me, dirigí a la del Jefe de Día, para exigirle que me acompañase, si quería, a la del General, para testificar que solo había mandado el parte porque él me lo había ordenado terminantemente; quería además, decirle, que mis calzones estaban bien asegurados, sin necesidad de atarlos; que era un hombre de honor, que no necesitaba esos consejos para cumplir mi deber, y que se yo que otras cosas más, en la inteligencia, que si rehusaba ir conmigo, yo me iba solo. El Jefe de Día me oyó con dulzura y me trató con amistad; no se ofendió de mi aire descompuesto, y procuró calmarme, imponiéndome de lo

tristemente. Dije antes, que estaba dotado de un gran valor moral, porque efectivamente no poseía el valor brioso de un granadero, que lo hace muchas veces a un jefe ponerse al frente de una columna y precipitarse sobre el enemigo. En lo crítico del combate, su actitud era concentrada, silenciosa, y parecían suspensas sus facultades: escuchaba lo que le decían, y seguía con facilidad las insinuaciones racionales que se le hacían; pero, cuando hablaba, era siempre en el sentido de avanzar sobre el enemigo, de perseguirlo, o si él era el que avanzaba, de hacer alto y rechazarlo. Su valor era más bien (permítaseme la expresión) cívico que guerrero. Era como el de aquellos senadores romanos, que parecían impávidos, sentados en sus sillas curiales.

En los contrastes que sufrieron nuestras armas bajo las órdenes del general Belgrano, fue siempre de los últimos que se retiró del campo de batalla, dando ejemplo, y haciendo menos graves nuestras perdidas. En las retiradas que fueron la consecuencia de esos contrastes, desplego siempre una energía y un espíritu de orden admirables⁶; de modo, que a pesar de nuestros reveses, no se relajó la disciplina, ni se cometieron desordenes. No fue así en otras retiradas, como la del Desaguadero y Sipe-Sipe, en donde hubo escándalos de todo tamaño, porque desbandada la tropa, solo se vino a rehacerse después de ochenta y aun más de cien leguas. De allí provinieron esos horrorosos combates, ya individuales, ya en escala mayor, entre el paisanaje y los indios por un lado, y los soldados que hablan roto el freno de la obediencia, por otro; los unos, por defender sus personas y propiedades, los otros, por invadirlas, los que hasta cierto punto eran disculpables; pues, no marchando en cuerpo, no habiendo distribuciones regulares para satisfacer sus necesidades, hablan de pedir o quitar, y, ya se deja entender el camino que esto abría a los abusos.

que había ocurrido; el mismo General había hablado con él al darle su parte, y había sido instruido, de que el oficial a quien había dado tan insultante contestación, era de infantería, que mandaba una guardia de prevención en la misma línea; por el contrario, me dijo, hoy hemos hablado de usted, y tiene el mejor concepto. Yo quede satisfecho.

⁶ Recuerdo que .al día siguiente de la derrota de Ayohuma, hizo formar en círculo, después de la lista, los menguados restos de nuestro ejército, y colocándose en el centro, rezó el rosario, según se hacía ordinariamente. Fuera de los sentimientos religiosos que envolvía esta acción, quería hacer entender, que nuestra derrota en nada había alterado el orden y la disciplina.

¡Honor al general Belgrano! Él supo conservar el orden tanto en las victorias como en los reveses. Cuando el mando en esos días de luto y de desgracia, los paisanos y los indios venían pasiblemente a traer las provisiones al pequeño cuerpo que se retiraba; tan lejos de manifestarnos aversión, solo se dejaba percibir en lo general, un sentimiento de simpática tristeza. No hubo entonces riñas fratricidas, no pueblos sublevados para acabar con los restos del ejército de la Independencia; nada de escándalos que deshonran el carácter americano, y manchan la más justa de las revoluciones. Pero, ¿adónde voy? Quizá excedo los límites que me había propuesto; más tarde, si escribo sobre las campañas del Alto Perú, en que me halle, explanare más estas observaciones.

Después de lo que acabo de exponer, será fácil explicarse como el ejército, después de una retirada de ciento treinta leguas, nada había sufrido en su moral; por el contrario, recibió con gusto el anuncio de que hacíamos alto en Tucumán, y que esperábamos al enemigo. En los planes del General entraba conservar la plaza y dar la batalla a la orilla de la ciudad, apoyándose en ella. Se fosearon las boca-calles de la plaza y se colocó la artillería que no llevábamos a la acción. El capitán, comandante de artillería don Benito Martínez (después General) fue destinado a mandar la plaza, con treinta o cuarenta hombres, fuera de los artilleros, de los menos útiles, que se le dejaron. Esto no podía servir para una defensa, si perdíamos la cuestión, pero era para conservar aquel punto mientras se decidía.

El 23 de Setiembre, el enemigo estaba en los Nogales, cuatro leguas de Tucumán, y el ejército salió de la ciudad y se formó dando frente al norte, a caballo, sobre el camino que debía traer el enemigo. Después de pasar todo el día, se supo al ser de noche, que el enemigo había acampado y que no proseguía por entonces su marcha. Nuestro ejército volvió a la ciudad y paso la noche en la plaza, donde he dicho que tenía su campo. A la madrugada del 24 nos movimos para tomar la misma posición de la víspera, pero a eso de las ocho de la mañana se supo que el enemigo, dejando a su izquierda el camino principal y evitando la ciudad, se dirigía a los Manantiales (arroyo cenagoso, que tiene un puente, y que queda legua y media al sud-oeste de la población). El enemigo, por este movimiento, se había colocado ya casi sobre nuestra retaguardia, que pensaba cortar, y el general Belgrano, para salirle al encuentro, tuvo que contramarchar en la dirección conveniente.

Según todos los datos que se recogieron, y los que indicaban los procedimientos del general Tristán, no se le había pasado por la imaginación, que nuestro pequeño ejército le ofreciese una batalla campal, y solo creía, que encerrado en la ciudad y cubierto con algunas obras, estaría a la defensiva. Estaba, pues, muy lejos de creer que tendría que combatir ese día, y solo se proponía colocarse a nuestra espalda, acampando sobre el río de Tucumán, al sur una legua de la ciudad, desde donde pensaba dirigir sus ataques con mejor conocimiento de nuestra posición, en los días sucesivos. Así fue, que cuando nuestro ejército, después de verificada su contramarcha, se presentó casi sobre su flanco, nada tenía el enemigo preparado para el combate; la artillería venía cargada en las muías⁷, los cuerpos traían la marcha y paso de camino; fue, pues, una especie de sorpresa, el verse atacado cuando no lo esperaba, lo que sin duda fue una tal cual ventaja para nosotros; digo tal cual, para que no se entienda que fue una verdadera sorpresa, pues tuvo el tiempo bastante para prepararse de prisa.

Nuestro ejército, que tendría como nueve cientos infantes y seis cientos caballos, incluso la milicia (las milicias eran lo que son hoy día) y lo que se decía caballería veterana, formarían mil quinientos hombres, teniendo el enemigo más del duplo, cuyos cinco sextos eran infantería, con trece cañones, de los que dos, eran los tomados en el río de las Piedras. Nosotros solo llevamos cuatro cañones, habiendo dejado los restantes en la plaza; de modo, que aunque de menor calibre la artillería enemiga, pues la nuestra era de a seis, siempre estuvo la ventaja de su parte. Nuestra poca infantería estaba fraccionada en cuatro pequeñas columnas, de las que tres estaban en línea y una en reserva; la caballería cubría las dos alas, y una fracción menor estaba adjunta a la reserva. La artillería, distribuida en los intervalos de las cinco fracciones de la línea. La caballería de la derecha, la mandaba el teniente coronel don Juan R. Balcarce; la de la izquierda, el capitán graduado de teniente coronel, don José Bernaldes Palledo; la de la reserva, el capitán don Antonio Rodríguez. La primera columna de Independencia, que era la de la derecha, se componía del pequeño batallón de Cazadores, al mando del mayor don Carlos

⁷ Como los caminos del Perú no permiten rodados, la artillería que se usa, es por lo común de montaña o muy ligera, y que de consiguiente, puede cargarse a lomo de muía. Cuando es de más calibre, son prensas zorras, que es aún mayor inconveniente para armarla pronto.

Torres; la del centro, compuesta del batallón num. 6, al del teniente coronel don Ignacio Warnes; la de la izquierda, que la formaba el batallón de Castas, la mandaba el teniente coronel don José Superí; la de reserva, que se componía de piquetes extraídos de los otros cuerpos, estaba a las órdenes del teniente coronel don Manuel Dorrego. En este orden marchamos al enemigo; a la distancia conveniente desplego nuestra línea, y previo el fuego de algunas guerrillas, se dio principio a la batalla.

Debo advertir, que por las singulares peripecias de este sangriento drama, es el de Tucumán, uno de los combates más difíciles de describirse, no obstante el corto número de los combatientes. Pienso que para hacerlo comprender mejor, es preferible decir en pocas palabras, que la izquierda y centro enemigo fueron arrollados; nuestra izquierda fue rechazada y perdió terreno en desorden, en términos, que el comandante Superí estaba prisionero por una partida enemiga, que luego tuvo que ceder a otra nuestra, que la batió y lo represo. El enemigo, por consecuencia del diverso resultado del combate en sus dos alas, se vio fraccionado, a lo que se siguió una gran confusión. Su ala derecha, que había obtenido ventajas, y que además, tenía la de flanquearnos con el martillo de que hace mención la Memoria del general Belgrano, tuvo que seguir, al fin, el movimiento retrogrado de lo restante de su ejército, dejando abandonada en este desorden, una buena parte, que fue muerta o prisionera. Lo mismo sucedió al centro y a la izquierda, a lo que también contribuyo poderosamente el espantoso desorden en que había puesto nuestra caballería la retaguardia enemiga, cayendo sobre sus bagajes y reservas. El general Tristán, a quien no faltaba valor, hacía esfuerzos positivos por rehacer sus tropas; más, no lo pudo conseguir hasta más de una legua del campo de batalla, donde se le reunió otra columna de su ejército, que antes de la batalla había destacado a tomar el camino que conduce a Santiago del Estero, con el fin de cortarnos. Viéndose perseguido débilmente por una fuerza diminuta, cuál era la infantería nuestra, que había quedado disponible, hizo alto y volvió a darnos el frente. Nuestra infantería hizo también alto; resultando un nuevo combate sumamente desventajoso, por la disposición del número, y que exponía las ventajas que se hablan obtenido. A su vez se puso en retirada sobre la plaza, en la que entro con algunos cientos de prisioneros, cinco cañones tomados al enemigo, banderas y otros trofeos. Tristán la siguió entonces hasta las goteras de la ciudad, donde se estableció, recorriendo segunda vez el campo de batalla, y en rigor, quedando dueño de el por entonces, pero sin separar

un hombre de su nueva línea, y sin contar más que con unos pocos hombres de caballería.

¿Se creerá que estas operaciones nuestras, cuyo acierto es incuestionable, no fueron ni fruto de una combinación, ni emanadas de las ordenes de ningún jefe del ejército? El general Belgrano, como el mismo dice, se vio separado de aquel teatro para encontrarse, sin saber cómo, reunido a la caballería que estaba a retaguardia del enemigo. El general Díaz Vélez se ocupaba, según su costumbre, en dar carreras inútiles y desacordadas, con que dándose un aire de energía, se ponía en punto de apreciar la situación de las cosas en toda su extensión, para tomar sus medidas de seguridad. Así es que, aunque por resultado el fue quien se vio a la cabeza de las fuerzas que ocuparon la plaza, y de la enérgica defensa que esta se preparó a hacer, los que tuvieron los honores de la jornada, fueron el teniente coronel Dorrego y el mayor Torres.

Entre tanto, ¿qué hacía, o que había hecho nuestra caballería? Es lo que vamos a ver. Nada puedo decir de lo que hizo o dejó de hacer la caballería de la derecha, porque no pude verlo, pero creo que es exacto lo que dice la Memoria del general Belgrano, al menos en cuanto dice relación a la resistencia del señor Balcarce a cargar la infantería enemiga, pero no estoy conforme en el todo con sus juicios. Quien sepa lo que era nuestra caballería (aun ahora no es fácil conducirla contra infantería) no debe extrañar que rehusase echarla sobre las bayonetas enemigas, y aun cuando Balcarce hubiera sido un Murat, que era el mejor oficial de caballería de los ejércitos imperiales, no lo hubiera conseguido. Por lo demás, sea caracoleando, sea oblicuando para ponerse sobre el flanco enemigo, el resultado fue, que la caballería de Tristán⁸ huyó, dejando a la nuestra, señora del campo; lo que me hace creer que la división de Balcarce se esquivó de la infantería enemiga, para lanzarse sobre la caballería, para lo que no necesitaba mucho esfuerzo; pues, como he dicho antes, era peor que la nuestra. Debe también decirse, que las armas de los soldados

⁸ En prueba de lo que expreso, hago memoria que el parte del general Tristán atribuía, no su derrota, que nunca confesó, pero sí su retirada momentánea, *a la cobarde caballería Tarifa, que fugó vergonzosamente, dejando un claro, del que, aprovechándose el enemigo, puso en algún desorden los batallones.*

de caballería no estuvieron ociosas, y que ellas fueron teñidas en sangre, aun antes de que nuestra infantería hubiese arrollado la enemiga, lo que confirma mi modo de pensar. Convengamos, pues, que la caballería de la derecha, no hizo todo lo que hubiese hecho una buena caballería, pero que hizo lo que debía esperarse de lo que ella era. Luego volveremos sobre esto.

De lo que puedo hablar con más propiedad, es de la caballería de la izquierda, pues me hallaba inmediato a ese costado. Por esa parte no recuerdo haber visto caballería enemiga que se le opusiese, al menos si la había, sería poquísima, pues no figuro en el combate; pero la línea de infantería, sobrepasaba con mucho de la nuestra. La caballería de Bernaldes, que cubría este costado, tuvo orden de cargar, y efectivamente hizo un corto movimiento de frente, pero hizo luego alto, contenida por los fuegos de la infantería enemiga, y al fin se retiró completamente. Abandonando entonces su resistencia el costado derecho de la línea enemiga, y dando una media conversión a su izquierda, resulto el martillo de que habla la Memoria. En cuanto a la carga de la caballería de la reserva, al mando del capitán don Antonio Rodríguez, nada puedo decir, porque no he visto; pero presumo que estos movimientos sucesivos, si no rompieron la línea enemiga, contribuyeron a aumentar el desorden, que confeso en su parte el general Tristán.

Diré algo sobre un personaje, de quien no he hecho mención en la jornada que voy detallando, pero que jugó un rol particular. Hablo del Barón de Hølemberg, cuyo ayudante era yo. Con este motivo fui enviado frecuentemente con partes y otra clase de mensajes, al General en Jefe, quien, como he dicho, prestaba a sus indicaciones la más completa deferencia. Por supuesto, que en todos los movimientos preparatorios, tuvieron parte sus consejos. Cuando se avistó el enemigo, se adelantó solamente acompañado de mí, a reconocerlo, y se aproximó tanto, que si una partida ligera de caballería se hubiese desprendido con oportunidad, pudo hacernos prisioneros, por lo menos a mí, que cabalgaba un malísimo caballo, además, muy cansado por el incesante servicio que de día en día como de noche, me exigía

el Barón. En los momentos de romper sus fuegos la infantería, me ordeno buscarse al General⁹ y le dijese que mandase cargar la caballería de la izquierda; lo que, cumplido por mí, me contestó: *Dígale usted que yo mismo voy a hacerla cargar*. Vuelto después adonde estaba el Barón, lo encontré algunos pasos avanzado de nuestra línea, sufriendo el terrible fuego que hacía la enemiga, enfrente precisamente del cañón que mandaba el teniente Santa María, el cual le gritaba con toda la fuerza de su voz: *Quítese usted, señor Barón, que voy a hacer fuego a metralla*. El peligro era común a mí, que me había colocado a su lado, y me apresure a repetirle lo que decía Santa María; se quitó al fin, y el cañón hizo su disparo, al que siguieron otros.

Viendo el Barón que la caballería de la izquierda no había cargado, me ordeno nuevamente que volviese a buscar al General y le dijese por segunda vez, que la mandase cargar. Para cumplir esta orden, me dirigí al rumbo que me pareció conveniente; mas, ya todo el orden de primera línea estaba alterado, o por mejor decir, no había línea. Los movimientos parciales que habían hecho los cuerpos, habían variado enteramente las respectivas posiciones, y el campo solo presentaba una espantosa confusión. En medio de este caos, me fue imposible hallar por lo pronto al General, sin embargo que en prosecución de mi intento, corrí verdaderos peligros, dando equivocadamente con los enemigos, de quienes pude escapar con trabajo¹⁰. Tampoco supe más del Barón, hasta después.

⁹ El general Belgrano cabalgaba ese día un mansísimo caballo rosillo, de paso, que acostumbraba montar habitualmente. Con sorpresa de todos, al primer cañonazo de nuestra línea, se asustó, y dio en tierra con el General. La noticia de la caída se propago con admirable rapidez por toda nuestra formación, y al principio se temió que fuese efecto de alguna bala u otro accidente parecido; más, luego se supo el verdadero motivo. La caída parecía de mal agüero, pero no tuvo resultas desagradables, y luego se olvidó. Pudo decir: *Campo de batalla, te tengo*.

¹⁰ Buscando al general Belgrano por entre aquella batalla, que contribuía a hacer más confusa la marcha, el polvo y una densísima nube de langostas, que casualmente acertaba a pasar por encima (muchos nos creímos momentáneamente heridos de bala, cuando estos animalejos nos daban de golpes por el rostro o por el pecho), me dirigí a un cuerpo de infantería que se me ofreció sobre mi camino; había suspendido sus fuegos, y al parecer se reorganizaba. A distancia de cuarenta pasos comencé a dudar, y luego me apercibí que era enemigo; al dar vuelta mi caballo, conocieron también que no les pertenecía, y me saludaron con media

Me permitiré unas cuantas palabras más sobre este señor, para no interrumpir después mi narración ocupándome de él. Mientras le acompañe en el combate, no note signo ninguno de cobardía, pero cuando en los días siguientes se reunió todo el ejército, me encontré con la novedad que un clamor casi general en los cuerpos de infantería y artillería, lo acusaba de cobarde, argüiéndole que había abandonado el campo de batalla, bajo pretexto de una levísima herida que tenía en la espalda, y que decían, se había hecho el mismo. La herida era cierta, y también lo era su suma pequeñez, pero no es creíble que el mismo se la hiciera; pues, en este caso, era más cómodo y natural, la hubiera practicado en el frente. Lo que había de más verdadero, era que el Barón se había hecho mal querer, y que Dorrego, que se había declarado su enemigo, y otros, gritaron a voces contra él, y que el general Belgrano tuvo que sacrificarlo a las circunstancias. Se separó del ejército, y se retiró a una quinta, donde no lo visito otra persona fuera de mí, aunque muchos lo adulaban en tiempo de su privanza. Allí espero el resultado de la solicitud (según me dijo) que había hecho al Gobierno, y al regreso del correo, se marchó a la capital. No fue solo el Barón, a quien se vio forzado el General a sacrificar a las exigencias de los que agitaban al ejército; muy luego veremos otro, que tuvo idéntico destino. Aunque parezcan estas noticias ajenas de mi propósito, he creído que convenía anotarlas, para que se conozca el estado del ejército, y lo que tenía que sufrir de sus mismos compañeros, el General que nos ocupa.

Por lo que el mismo General expresa en su Memoria, se echa de ver, que la caballería de la derecha le llamó con preferencia la atención, y que fue el objeto de sus repetidas órdenes: al ver esto, he estado tentado en creer, que hubiese equivocación por mi parte, después de tantos años, y que la caballería, cuya carga tanto recomendaba el Barón, fuese la de la derecha; pero después de bien reflexionado, me inclino a lo contrario, quiero decir, me persuado que he sido exacto en mi relación, por dos razones: Primera, porque colocado el Barón en la izquierda de nuestra línea, no podía ver la extrema derecha, después de empeñado el fuego; Segunda, porque la coincidencia de decir el general Belgrano, que después de hacer cargar la caballería de la reserva, se dirigió a nuestra izquierda,

centena de tiros, que felizmente no me tocaron. Cosas semejantes y aún peores, sucedieron a otros.

que fue cuando encontró al coronel Moldes, me hace presumir que ese movimiento personal suyo, fue a consecuencia de la indicación que por mi conducto le hizo el Barón, la primera vez que fui mandado, y a la que como antes dije, contestó: *Dígale usted que yo mismo voy a hacerla cargar*; recordando yo con este motivo, que el tomo esa dirección.

El coronel Moldes no tenía mando, ni aun pertenecía ni ejército; sea por patriotismo, sea por amistad que profesase entonces a la persona del General, quiso hallarse en la batalla, sin tener lugar determinado. Lo que dijo al General de hallarse cortado, pudo ser hasta cierto punto exacto; pues, parte de las fuerzas enemigas estuvo algún tiempo interpuesta entre las nuestras. Los movimientos de ambas fuerzas, fueron tan variados, tan fuera de todo cálculo, imprevistos y tan desligados entre sí, que resultó una complicación como nunca he visto en otras acciones en que rae he encontrado. En esas conversaciones eternas que sobrevienen después de una batalla, en que cada uno refiere lo que ha sucedido en el punto en que se ha encontrado, y el modo como comprende el conjunto de la acción, suelen tomarse ideas de lo que no se ha podido presenciar personalmente. En la de Tucumán me sucedió lo contrario; pues, después de oídos innumerables detalles, nunca pude coordinarlos, para formar un juicio exacto de los movimientos de ese día de confusión y de gloria, de ese día solemne, y de salvación para nuestra patria.

Después de divagar inútilmente, buscando siempre al General, di con unos hombres de caballería, que me dieron noticias vagas de su dirección. Siguiéndolas siempre, logré encontrarlo a grande distancia, y después de corrido bastante tiempo; recuerdo que había tenido que mudar dos veces cabalgadura, porque inutilizado mi caballo, tomé primero en el campo, que estaba sembrado de muertos, de equipajes y de armas, una mula, y no sirviendo absolutamente, la cambié por un caballo, que no era tan malo como el mío¹¹; solo fue después de mil trabajos que pude reunirme al

¹¹ Aunque mi primer objeto al redactar estas noticias, ha sido suplir lo que falta a la Memoria del general Belgrano, no excuso, sin perder de vista aquel objeto, hablar de lo que personalmente me concierne; Primero, porque si yo escribiese mis memorias, esta sería una parte; Segundo, porque no quiero dar lugar a interpretaciones en lo que respecta a mi conducta personal; Tercero, porque pienso que estos pormenores presentan más en claro los

General, y entonces era ya enteramente inútil darle el recado de que era portador, y no lo hice. Estaba acompañado del coronel Moldes, de sus ayudantes, y algunos pocos hombres más. Ni el General ni sus compañeros sabían el éxito de la acción, e ignoraban si la plaza había sido tomada por el enemigo o si se conservaba por nosotros.

El General estaba triste, pensativo, y como embargado en sus facultades; no se le oía una palabra, sino con algún motivo muy especial. A la noticia de la aparición del General, empezaron a reunirse muchos de los innumerables dispersos de caballería, que cubrían el campo, saqueando los ricos equipajes del enemigo, y ultimando a los heridos o dispersos que encontraban. Uno de los primeros que apareció, fue el teniente de Dragones don Juan Carreto, a quien pregunto el General: *¿Qué hay? ¿Qué sabe usted de la plaza?* a lo que contestó: *Nosotros hemos vencido al enemigo que hemos tenido al frente* (pertenecía este oficial a la caballería de Balcarce), *pero creo que el enemigo ha ocupado la ciudad.* Moldes, que sin duda pensaba de otro modo, y que quería persuadirselo al General, le dijo: *No crea usted a este oficial, que está hablando de miedo.* Carreto repuso: *Señor Coronel, yo no tengo miedo, y sí, tanto honor como usted;* a lo que Moldes recontestó: *¡Cómo ha de tener honor un ratero como usted!* acompañando tan terrible apostrofe, de una mirada del más profundo desprecio. Efectivamente, Carreto traía cargado su caballo y su persona, de ropas, y quizá de otras cosas que no eran visibles, tomadas de los bagajes enemigos. Sin embargo, no fue insensible a la injuria que le había inferido Moldes, y provocó un duelo, que éste aceptó en el acto. Ambos se separaron para irse a llevarlo a efecto, y habrían andado veinte o treinta pasos, cuando un oficial peruano, don Manuel Vera, ayudante del general Belgrano, le dijo: *Señor, aquellos hombres van desafiados.* Como volviendo entonces en sí, y como si recién se apercibiera de lo que pasaba a su presencia, gritó: *Señores, ¿qué insubordinación es ésta?* Entonces, muchos de los circunstantes corrieron a interponerse y hacer desistir de su propósito a los presuntos combatientes, lo que conseguido, no se volvió a hablar del negocio.

sucesos, y manifiestan que he sido testigo de ellos; Cuarto, porque es una cosa privadísima mía.

Pocos momentos después, se presentó don Juan Ramón Balcarce con algunos oficiales y como veinte hombres de tropa, gritando: *Viva la Patria*, y manifestando la más exagerada alegría por la victoria conseguida. Se aproximó a felicitar al General, quien a su vez le preguntó: *Pero, ¿qué hay? ¿En qué se funda usted para proclamar la victoria?* A lo que contestó: *Nosotros hemos triunfado del enemigo que teníamos al frente, y juzgo que en todas partes habrá sucedido lo mismo: queda ese campo, cubierto de cadáveres y despojos*¹². En prueba de ello, mostro al General y demás que estábamos presentes, un gran cuchillo de monte con una rica empuñadura, en que estaba asegurada una medalla de oro de las que se habían grabado en honor de Goyeneche; el cual cuchillo, pertenecía al coronel enemigo Peralta¹³. Ya se comprenderá, que la posesión de tal cuchillo o daga, que debió ser tomado en el equipaje de su dueño, nada argüía en favor de la victoria, y que el alarde que hacía Balcarce, presentándolo como un trofeo, era una ridícula puerilidad. El hecho es, que él ignoraba completamente el estado de las cosas, y que no hacía ni había hecho mucho empeño por saberlo, para no tener ocasión de empeñar nuevamente un combate, contentándose con hacer entender, que había hecho prodigios con su caballería, y conservándose en el ínterin en una situación perfectamente segura, para ver venir y esperar lo que daba el día. Luego expresare más detalladamente, el juicio que tengo formado a este respecto.

Mientras tanto, era evidente que el general Belgrano no estaba satisfecho de él, y acaso en parte provenía de eso, el silencio a que se había reducido. Las contestaciones de Balcarce, visiblemente le desagradaron, y debió ser así, pues, tanto

¹² Cualquiera se hará cargo que no puede exigírseme una rigurosa exactitud en la relación de estos diálogos, después de tanto tiempo; pero el sentido, aunque haya alguna ligera variación en las palabras, es el mismo. Me valgo de este método, para facilitar su inteligencia.

¹³ Pienso que no disgustara la descripción de la medalla acuñada en honor del general Goyeneche. En el anverso estaba su busto con insignias militares; en el reverso tenía esta leyenda latina: *Dominus Emmanuel a Goyeneche, Ariquepensis origine, militum tegregius magiater, confregit argentina castra in conflictu campestri de Huaqui et Sipe-Sipe, adque subigit commiter civitates subversas Paz, Potosí, Chuquiisaca et Cochabamba*. En la hoja del cuchillo, se leía: *De Peralta el regimiento, y este bien templado acero, sostuvo el úesayadero, y dio a Amiraya escarmiento*. Amiraya es la primera batalla de Sipe-Sipe, dada por los cochabambinos, mandados por Diaz Velez y Rivero, en 1811.

ellas como su conducta militar, probaban que el jefe de la caballería no había comprendido que las operaciones de su arma, debían ligarse con las otras de las otras armas, a las que debía dar cooperación y apoyo, y no contentarse con andar correteando un campo sin enemigos ya, espulgando los equipajes, cuando a algunas cuadras había con quien combatir. Su ayudante predilecto, su hombre de confianza, don José María Palomeque, que no se separaba de él un momento, no hizo escrúpulo de hacerse seguir públicamente, durante esos días, de un carguero de baúles tomado al enemigo, que se había el adjudicado, sino es que pertenecía a otra mayor categoría.

Habiendo ya este núcleo de fuerza reunida, sirvió de base para que concurriesen otros de los muchos que iban dispersos j entretenidos en el merodeo, a guisa de una horda de indios pampas; de modo, que pasado algún tiempo, pudo formarse una pequeña columna de doscientos hombres. El general Belgrano no podía ser indiferente a la suerte del ejército, que había desaparecido como por encanto, y a su propia gloria. Nadie sabía de nuestra infantería, ni de la plaza, y era preciso averiguarlo; en consecuencia, dispuso el General que se marchase en dirección a la ciudad, de la que distaríamos más de una legua. Al poco rato de marcha, se avistó un grueso cuerpo de tropas, formado a la orilla del pueblo, sin que se supiese a que ejército pertenecía. El General seguía siempre silencioso a la cabeza de la columna, por más que otros conversaban a su alrededor. Como se agitase la cuestión de si eran enemigos los que se avistaban, o si sería nuestra infantería, y como se dividiesen las opiniones, exclamó el General, interrumpiendo su silencio: *¡Y cómo hemos de salir de dudas, si yo y mi comitiva somos los que vamos de descubridores!* Era así efectivamente, porque a nadie se le había ocurrido mandar batidores, y ni aun entonces recuerdo que lo hiciese el señor Balcarce.

Cuando oímos expresarse al General en ese tono de amarga reconvención, nos apresuramos unos cuantos oficiales que íbamos sueltos, a suplir esta falta: recuerdo al capitán don Apolinario Saravia (alias) Chocolate, salteño, el teniente Carreto, algún otro, y yo¹⁴. Tomando buenos intervalos marchamos en línea, aproximándonos

¹⁴ Me permitiré hacer relación de un incidente particular en este día, para mí tan fecundo en lances personales, de los que, aunque omita algunos, no dejaré de referir los que ofrezcan más interés. Dos horas antes había casi reñido ron el capitán Saravia, arriba mencionado, por

a la fuerza que se quería reconocer. Era casi toda de infantería, y no se separaba ni un hombre de sus filas. Sin embargo, nos aproximamos lo bastante para persuadirnos que era enemiga, y volvimos a encontrar al General, que había seguido tras nosotros, para darle cuenta del resultado de nuestras observaciones. Ya él mismo se había aproximado demasiado con la columna, y como manifestase aun dudas de lo que decíamos, el enemigo quiso entonces comprobar nuestros partes, rompiendo el fuego de cañón sobre nosotros. Ya entonces no había que trepidar; el enemigo, en gran fuerza, se había establecido en los arrabales de la ciudad, lo que hacía sospechar que ocupaba la ciudad misma. Pero en tal caso, ¿que se había hecho toda nuestra infantería? ¿Había sucumbido toda, en términos, que no había escapado uno que viniese a darnos la noticia? ¿Había tomado otra dirección, sin que nadie lo hubiese percibido? Estas crueles dudas atormentaban a todos, y al General más que a nadie,

defender unos prisioneros que él quería hacer matar: ahora me prestó un importante servicio, con lo que quedamos reconciliados, para volver a disgustarnos más tarde, en un tercer encuentro. Siguiendo nuestra marcha descubridora, por un campo sembrado de cadáveres y de armas, de baúles destrozados y de toda clase de restos de equipajes, incluso el coche del general Tristán, repentinamente se me apareció un soldado a pie, a quien no había visto hasta que estuve muy inmediato, porque estaba agachado. Mi pregunta primera fue para saber que fuerza era la que teníamos al frente, y el sin desconcertarse, me contestó: *Es nuestra. Pero bien*, le dije, *¿y usted, a que ejército pertenece?* Al nuestro, volvió a contestarme. *Más, ¿cuál es el nuestro?* le pregunté por tercera vez, y su contestación era la misma: *El nuestro*. Lo que probaba que él ignoraba también, con quien hablaba. Para hacerlo expresarse con claridad, quise asustarlo, y sacando una mala pistola que cargaba, le dije: *Hable usted la verdad, o lo mato*. El hombre pareció sorprendido, y tendiendo los brazos en ademán de súplica, retrocedía en proporción que yo avanzaba; mas, su retirada llevaba también el designio de tomar su fusil, que estaba allí cerca, entre el pasto; así fue, que cuando llego a él, lo tomé con rara prontitud, y poniendo una rodilla en tierra, me los puntos. Yo le dispare mi mala pistola, sin efecto, porque no dio fuego; él tampoco disparó el fusil, lo que me hace creer que estuviese descargado, conservándonos en esta actitud por algunos instantes. Saravia, que no estaba lejos, se precipitó en mi ayuda, con la celeridad de un rayo, lo cual, visto por el soldado, tiro su arma a tierra, y huyó. Saravia lo persiguió armado, como buen paisano, de un poderoso puñal, y habiéndolo alcanzado, sin apearse ni parar el caballo, le dio dos o tres tremendas puñaladas por la espalda, de que cayó, me supongo que muerto. Saravia era muy agauchado, cabalgaba un soberbio caballo, era sumamente diestro en su manejo, y profesaba un odio rencoroso a los realistas. El soldado de que he hablado, lo era.

quien por deber, por honor y por su gloria propia, no podía abandonar una parte del ejército, si es que en algún punto se sostenía; para hacer más positivas estas dudas, no se oía un solo tiro a la parte de la ciudad, y todo había entrado en un silencio profundo, fuera de los cañonazos antedichos.

Ignoro lo que sobre esto pensaban el General y los jefes superiores que lo acompañaban, pero el resultado fue, que después de un rato en que pareció que consultaban, empezamos a retirarnos lentamente con dirección al Rincón, estancia del teniente gobernador don Francisco Ugarte, sita a tres leguas de Tucumán, rumbo sur. Es probable que desde allí se pensaría tomar nociones sobre el estado de las cosas, que hasta entonces no se habían podido obtener. En cuanto a mí, hasta ahora me confundo, considerando la indolencia, o no sé qué nombre darle, a esa apatía que manifestó tanto oficial antiguo, tanto militar experimentado, para penetrar aquel misterio que a todos nos mortificaba. No sé que alguno hiciese diligencia, ni diese paso para conseguirlo. Voy a referir lo que yo hice de mi propia espontaneidad.

En la excursión exploradora o descubridora que he referido encontramos tirados en el campo, dos cañones, que había abandonado el enemigo en sus precipitados y desordenados movimientos. Eran precisamente las dos piezas de montaña, que nos habían tomado el 3 del mismo mes, en el río de las Piedras. Sin duda al abandonarlos, los enemigos no tuvieron tiempo ni avíos para clavarlos, y se contentaron con inutilizarlos momentáneamente, desmontándolos, quitando las ruedas a las cureñas, y llevándose los sotrozos (cuñas del eje que sujetan las ruedas). Cuando vi que nos retirábamos sin llevar los cañones, lo que me parecía fácil, no pude menos que deplorarlo interiormente, y aun hablarlo con otros compañeros. Viendo que seguía la retirada, que ya nos habíamos alejado como media legua, y que no se tomaba providencia alguna, me aproximé al coronel Moldes, que al parecer poseía la confianza del General y que estaba siempre a su intermediación, y le dije cuanto había visto relativamente a las dos piezas de artillería y a la facilidad que había de traerlas, si se mandaba una partida bien montada. Al principio pareció dudar de la exactitud de la noticia que le daba, pues, ni la columna, ni el, ni el General, llegaron nunca adonde estaban; pero, habiéndome ratificado en ella, me llevo a presencia del General (todo esto era sobre la marcha), quien ignoraba completamente el hecho. Después de oírme, me dijo: *Pues que usted sabe dónde están los cañones de que me*

habla, preciso es que vaya a traerlos. A cuyo efecto mando orden al jefe de Dragones, que era don Diego Balcarce (a quien yo entonces apenas conocía de vista), para que pusiese a mi disposición, una partida bien montada. Confieso francamente, que esta comisión me contrarió altamente, porque nunca pensé que me la diesen. Había tantos oficiales de caballería con tropa propia, prácticos del terreno, hombres de campo y bien montados; por otra parte, estaba tan falto de sueño y tan cansado, con el servicio que día y noche hacía al lado del Barón, hombre que me manifestaba aprecio, pero que era majadero en grado superlativo, que fue para mí un verdadero sacrificio el encargo que se me dio, a consecuencia de mi oficiosidad.

Quando estuve con don Diego Balcarce para que me entregase la partida que debía acompañarme, le pedí me hiciera dar a mí también un caballo, porque el que cabalgaba estaba enteramente malo. Ordenó entonces al teniente don Gregorio La Madrid (General hoy) que rae cediese el suyo, el que lo hizo, desmontándose y cambiando, sin quitar las monturas, con el mío; mucho gane en este cambio temporario, porque el del señor La Madrid era un superior lobuno, que me facilitó mucho el desempeño de mi comisión.

Vuelto al campo de batalla con mis ocho o diez hombres, y algunos más que reuní en el camino, a pocas cuadras del enemigo, que permanecía inmóvil y concentrado, hice montar los cañones y suplir la falta de sotrozos, con las baquetas de las tercerolas, retorcidas y aseguradas lo mejor que se pudo. Hecho esto, me puse en marcha, en seguimiento de nuestra columna de caballería, sin que el enemigo desprendiese un hombre para impedir o molestar mi pequeña operación. Habiendo andado como media legua, siempre con mi pensamiento fijo en la ciudad, cuyas torres y casas veíamos, cuyas calles alcanzábamos a discernir, sin poder saber lo que en ella pasaba, me encontré con el porta-guion de entonces (General hoy día, en Buenos Aires), don Felipe Heredia, que iba sin duda, procurando reunirse a la columna. Ya las piezas en salvo y en marcha, teniendo un oficial del mismo regimiento, de la partida que yo llevaba, a quien encargar su conducción, creí que podía hacerlo, para dedicarme a penetrar el arcano que nos abrumaba, y saber la suerte de nuestros compañeros de infantería y artillería.

Encargando, pues, al alférez Heredia, la conducción de las dos piezas, con recomendación de entregarlas al General, y decirle que yo me dirigía a adquirir noticias de la ciudad, tomé solo dos hombres bien montados y prácticos del lugar, porque eran Tucumanos, e hice un cuarto de círculo a distancia de la ciudad, hasta ponerme perfectamente rumbo sur, entonces dando una conversión a mi izquierda, me dirigí rectamente, hasta penetrar en las primeras calles. Todas las puertas estaban cerradas; ensayamos tocar algunas, y fue del todo inútil; tuve, pues, que seguir adelante por la calle recta de la Matriz, sin ver ningún viviente, sin embargo que no serían más que las tres de la tarde. Colocado ya a tres cuadras de la plaza, alcanzaba a ver gente en la parte interior del foso, pero nada me indicaba aun, que fuese nuestra; al fin me llegué tanto, que conocí que eran compañeros los que lo guarnecían. Puesta una planchada, estuve dentro, y me entregué por unos momentos, al gusto de ver amigos cuya suerte ignoraba, y de saber los importantes resultados de la batalla. Había cerca de quinientos prisioneros, cinco cañones, armamento, y muchos jefes de nota, tomados al enemigo. La plaza estaba fuerte; las azoteas y casas inmediatas, estaban ocupadas por nuestras tropas; los fosos y calles, bien artillados y guarnecidos; finalmente, todos resueltos a la más vigorosa defensa. Los de adentro preguntábanme con igual interés, del General, de la caballería, de lo que pasaba fuera, porque estaban en idéntica ignorancia de lo que sucedía fuera de la plaza, y solo sabían que el enemigo estaba a pocas cuadras, ocupando las casas de los arrabales. Nadie había soñado en salir, y cosa extraña, el General tampoco había pensado en hacer diligencias de averiguarlo.

Luego que supe que el general Díaz Vélez tenía el mando de la plaza, trate de ir a darle parte de lo que tanto deseaba e importaba saber. Pero antes quiero decir algo, sobre mis deseos y disposiciones personales.

Mi cansancio era sumo, al que se agregaba la falta de sueño, que en la juventud es tan poderosa; había, pues, mirado mi arribo a la ciudad, como el termino de las aventuras de aquel día, y como el lugar de un ligero descanso. Por otra parte, mis vivos esfuerzos por entrar a la ciudad, habían tenido el objeto de reunirme a mi cuerpo, que, según he dicho, era accidentalmente el de artillería, del que podía suponerseme disperso. Yo era seguramente inculpable, pues, me había separado en desempeño de un servicio que no podía rehusar, cuando se me mandó buscar al

General; pero, a pesar de eso, temía la maledicencia, y también la animadversión de algunos, que después de haber adulado mucho al Barón, empezaron a mordirme, cuando este hizo alguna distinción de mí. Había también en el ejército una especie de facción, capitaneada por Dorrego, que se había abrogado el derecho de clasificar el mérito de los oficiales y jefes, sin dispensar al mismo General. Esta facción no me era contraria, pero tampoco me pertenecía; de modo, que no era difícil que me envolviese en el anatema que había fulminado contra el Barón, y que iba a estallar en primera ocasión, como sucedió. Diré, pues, francamente, que no fue solo patriotismo y celo por el servicio, el que me hizo arrostrar el peligro para entrar en la plaza y buscar mi cuerpo, si es que él estaba allí, y si no, hacer una acción que mereciese alguna distinción. No me había equivocado: en los días posteriores, los de la plaza hablaron con el mayor desprecio de los que habían quedado fuera, y aun cuando esto pudiese no ser justo, yo me aplaudía de mi resolución, para tapar la boca a cualquiera, si es que se atrevía a ofenderme.

Pasados los primeros momentos con los oficiales que estaban en la trinchera de la Matriz, según he indicado, me dirigí a casa del general Díaz Vélez, que estaba solo media cuadra; me examinó con avidez sobre la situación de nuestras fuerzas fuera de la plaza, sobre el General en Jefe, sus miras, etc., y luego que hubiese satisfecho sus preguntas, tomando ese tono verboso, gritón y fantástico, con que solía suplir o disimular la falta de otras cualidades, me dijo: *Vuelva usted a montar a caballo y vuele en alcance del General, para decirle que tenemos tales y cuales ventajas; que se han tomado todas las medidas de defensa; que la plaza está fuerte, y que se defenderá hasta la última extremidad.* Un rayo cayó a mis pies, no me hubiera desconcertado más que esta orden, y deseando aun eludirla, le dije: *Señor, no tengo caballo, porque el que traigo está cansado.* Llamo entonces a su ayudante, el mayor Videla (alias) Matamoros, que después fue Jefe de Policía en tiempo de la Presidencia, en Buenos Aires, y sin bajar del tono altisonante, le dije: *Vaya usted y quite un caballo aunque sea al Espíritu Santo, y dáselo al señor. Entonces, repuse, deberán ser tres, pues en el mismo caso están dos soldados que me acompañan. ¿Y para que quiere usted compañía?* me dijo, *vaya usted solo. Señor, contesté, no soy del país, no conozco los caminos ni la campaña, y me será imposible dar con el General en Jefe, sin un práctico. Pues bien, Videla, concluyó, en lugar de un caballo, de usted dos al señor, y que marche inmediatamente.* No puedo menos que comparar

al que quería empuñar la maza de Hércules, para aplastar un mosquito, a un General, que durante lo crítico del conflicto no ha hecho ostentación de su autoridad, y que toma un tono más que napoleónico, para mandar tomar un caballo, e intimar a un joven subalterno, una orden cruel. Sí, era cruel mandar a un joven delicado, sin practica del campo, sin destreza en el caballo, sin experiencia en la guerra, que acababa de hacer un servicio quizá superior a sus fuerzas, a que atravesase solo, tres leguas de terreno que no conocía, por entre enemigos verdaderos o maliciosamente simulados¹⁵, y por entre toda clase de peligros. Lo singular es, que no me dio comunicación ninguna, para que todo fuese informal, o quizá porque no creía que llegase a mi destino.

Mientras se preparaban los caballos, se anunció un parlamentario del enemigo, y efectivamente, lo vi entrar a casa de Díaz Vélez, conducido del brazo por Dorrego, porque traía los ojos vendados. Tristán, haciendo un esfuerzo, intimaba rendición a la plaza. Díaz Vélez me hizo llamar para encargarme dijera al General, que la contestación que iba a dar, era enérgica y negativa. Lo singular es, que Tristán amenazaba incendiar la ciudad, y según oí, se le contesto que en tal caso, los prisioneros serian pasados a cuchillo. Entre estos, estaban los coroneles Barreda, primo de Goyeneche; Peralta (el dueño del cuchillo de monte), tan mal herido, que murió esa noche; el comandante de ingenieros, Alcon; el auditor de guerra Medeiros (hijo), y otros oficiales de nota.

Salí al fin de la ciudad, pero no por donde había entrado, pues, atendida la posición del enemigo, había sido sumamente peligrosa la vía que había traído. Salí por el este, para luego tomar al sur. Habiendo andado cinco sextas partes del camino, cuando mi caballo empezaba a flaquear, fui alcanzado por el capitán Saravia, siendo este el tercer encuentro que tenía con él en este día. Venía de la ciudad, adonde había logrado penetrar después de mí; había salido también después, pero con mejores

¹⁵ En el camino, buscando de nuevo al General en Jefe, me vi rodeado de una partida de gauchos, que me desconocieron o afectaron desconocerme, y me asestaron sus armas, bajo pretexto de que me creían enemigo: no me costó poco trabajo persuadirlos. A mi hermano Julián, le sucedió ese día otro tanto, y aún más; pues, lo hicieron prisionero, y ya le hablan quitado algo de su ropa; otros oficiales que llegaron, lo salvaron de este disgusto.

cabalgaduras, y con los recursos de un hombre de campo, había andado más ligero- Nuestra diferencia entonces, que no pasó de amistosa, era sobre quien había penetrado primero en la ciudad, pretendiéndolo él, y negándolo yo. Hubiera querido ser yo también quien llevase primero, ya que estaba en camino, tan buenas noticias al General en Jefe, pero no pude: Saravia picó su caballo, y me dejó atrás.

Llegué a las oraciones al Rincón, donde había acampado el general Belgrano, quien me recibió en la casa de la hacienda; sin embargo que había hablado con Saravia, me interrogó con prolijidad; a mi vez le pregunte si le habían sido entregadas las dos piezas de artillería que había mandado con el alférez Heredia, y contestándome afirmativamente, insinuó los deseos de que se habilitasen, para que en caso preciso, sirviesen contra el enemigo, y quedasen afectas a la división que se aumentaba por momentos.

Penetrado de la importancia de lo que indicaba el General, y haciendo reminiscencia, le dije: *Señor, no me parece difícil proveer las dos piezas de municiones y juegos de armas que les faltan, si podemos hallar el parque del ejército., que no debe estar lejos*¹⁶. *Éste, según la orden general preparatoria que precedió uno o dos días a la batalla, debía salir a distancia de una legua del pueblo, pasar el río, y situarse en la banda sur a esperar ordenes; si éstas no le han ido, es consiguiente que se conserve allí. Dice usted muy bien,* me contestó, *yo no he*

¹⁶ El parque del ejército y sus medios de transporte, se conservaban en la misma forma que habían estado en la frontera del Perú, donde no se puede hacer uso de rodados. Consistía en setenta u ochenta cargas que se conducían a lomo de mula. Había un arriero mayor, hombre inteligente y de responsabilidad, que tenía siempre prontas un cierto número de mulas aparejadas, para cualquiera hora que se le pedían, mediante una retribución de cuatro fuertes por mula, en las Provincias Bajas, y seis en el Perú, que se le abonaban mensualmente. Dicho arriero mayor, que en esa ocasión era un tal Mariño, proveía de medios de transporte, no solo los parques, sino los equipajes, proveduría, hospitales, y toda clase de bagajes. Es un excelente método, y lo creo apreciable hasta cierto punto, en nuestro país; el ejército del Perú estaba muy bien servido. Mariño hizo una gran fortuna en Tucumán, apropiándose toda la mulada del ejército enemigo, y aun muchas muías ricamente cargadas. En Vilcapugio y Ayohuma perdió todo, y últimamente cayó prisionero. No he vuelto a oír hablar de él. Esa es la guerra.

mandado ninguna, y de consiguiente, debe permanecer en aquel punto. Salga usted ahora mismo a buscarlo, que se le provea de un baqueano o guía, y traiga usted todo lo preciso esta noche, para habilitar las piezas, que sin eso, nos son inútiles.

Veaseme, pues, otra y otra vez, hecho víctima de mi officiosidad, y cuando esperaba recostarme un poco, descansar un rato, dormir un par de horas, tener que montar a caballo y salir a camppear, con un ordenanza y un práctico, por un terreno erizado de peligros. No hubo más remedio; fue preciso resignarse, pero con la advertencia, que tomaba estas cosas tan a lo serio, que no hubiera defraudado media hora al servicio público, entregándome al descanso, por todos los tesoros de Potosí; así fue, que no encontrando el parque en el lugar designado, me propuse recorrer todas las casas del distrito para adquirir noticias de él, sin detenerme en ninguna. Con asombro mío, empecé a encontrar en muchas de ellas, soldados enemigos rendidos, y soldados nuestros dispersos. Hubo casa en que había solo mujeres en compañía de dos o más soldados del ejército Real, que se confesaban prisioneros y dormían tranquilos, bajo la salvaguardia de las pacíficas habitadoras del rancho, adonde los había llevado la casualidad o su destino.

Recuerdo que durante mi nocturna peregrinación, llegué a una casa pobre, en cuyo patio cenaban, muy amistosamente, un cabo Solís, de artillería, que con cuatro soldados del mismo cuerpo, era conductor de seis cargas de municiones, en compañía de ocho o diez prisioneros que se le habían entregado. Como era doble el número de los rendidos, el cabo Solís contemporalizaba con ellos, y se creía casi a su disposición; más, en nada menos pensaban, que en abusar de su fuerza, y por el contrario, estaban perfectamente sumisos y resignados a su destino. La causa de esta singular anomalía, consistía, en que habiéndose dispersado de su ejército, y viéndose en un terreno desconocido, expuestos a ser inmolados, si caían en manos de los gauchos, en el campo, reputábanse como felices, si lograban asilarse en una casa, donde, aunque se les considerase como prisioneros, se les garantía la vida. Las municiones que tenía el cabo Solís, eran de calibre de a seis, y de consiguiente, no servían para los cañones que teníamos fuera de la plaza. Era un repuesto destinado a proveer las piezas que estuvieron en la batalla, y que en medio de la horrenda confusión de ese día, se extravió, y esperaba como tantos otros, el siguiente, para ver más claro.

Mi primer propósito fue ir reuniendo y hacer marchar conmigo, las partidillas que iba encontrando; pero hallé el inconveniente que sobre quitarme mucho tiempo, debía hacerles andar mucho camino inútil. Preferí, pues, darles un punto adecuado de reunión, y seguir yo, mi prolija investigación. En ella invertí toda la noche, hasta que adquirí la certidumbre que el parque no estaba por allí, y aun tuve noticias de que se le había visto regresar a la ciudad.

Al salir el sol el día 25, estuve de regreso en el campo del general Belgrano, y muy luego, tras de mí, una pequeña columna de soldados nuestros y prisioneros, por mitad más o menos; todos podrían llegar a ciento cincuenta hombres. Entonces empezamos todos a conocer las ventajas de nuestra situación, sobre la del enemigo; las noticias que por todas partes se recibían, anunciaban sus descalabros del día anterior, y lo precario de su estado. El general Belgrano se movió resueltamente del Rincón, en dirección a la plaza, con la que abrió comunicaciones más fáciles, y nos presentamos a la vista de Tristán, que se conservaba con su ejército concentrado, en la misma posición del día anterior. Hicimos en el día algunos movimientos de puro aparato, y a las dos de la tarde se despachó un parlamentario para intimar rendición al ejército Real, que era lo mismo que Tristán había hecho la tarde antes con la plaza. El coronel Moldes fue el que tuvo esta comisión, y creo que no pudo ser más acertada la elección, tanto por la arrogancia de su carácter, cuanto porque era un oficial que había servido en Europa, y probablemente conocido de Tristán. La contestación fue, que las armas del Bey no se rendían; y ya no se pensó sino en acordar hostilidades más serias.

Esa noche (la del 25 al 26) hicimos una marcha semicircular, rodeando la ciudad, hasta llegar al punto del arroyo Manantiales, de que hicimos mención al principio de estas apuntaciones. Las horas que duró la marcha, fueron para mí, de un acerbo tormento, producido por la falta de sueño y la imposibilidad de entregarme a él. La necesidad de dormir que sentía, era tan urgente, que ningún esfuerzo bastaba a resistirla, y a cada instante rae veía expuesto a caer del caballo y ser quizá pisoteado, después de sufrir un buen golpe. Además de eso, abandonaba las riendas, y el caballo me llevaba arbitrariamente, a veces dirigiéndose al campo, y otras dando trompicones a otros caballos y a los caballeros. El general Belgrano marchaba a la cabeza, y yo estaba provisionalmente adjunto a su comitiva; muchas veces rae

sucedió recordarme a su lado, después que mi caballo había dado un empujón al suyo. Sin duda conoció mi estado, y tuvo la consideración de prudenciar mis involuntarios ataques; lo mismo me sucedió con otros, jefes y no jefes, que tuvieron igual consideración. Cuando llegamos a los Manantiales, y se permitió apearse y descansar un rato, yo apenas pude tomar el pellón de mi montura, y caí como un muerto. Estoy seguro, que se hubieran disparado cañonazos, y me hubieran acaso muerto, sin que volviese en mí. Solo es después, que he aprendido a dormir a caballo, sin dejar de marchar: todo lo consigue la necesidad y la costumbre.

A la mañana siguiente, cuando todos creíamos que íbamos a emprender operaciones más activas, es que se supo que el enemigo había decampado esa noche antes, y había definitivamente emprendido su retirada para Salta. El general Belgrano no perdió tiempo ni la ocasión de sacar las ventajas posibles de la victoria, que al fin se declaraba enteramente por nosotros. Organizo una vanguardia de las mejores tropas de infantería y caballería, y al mando del general Díaz Vélez, la destaco en persecución del enemigo. Quizá he dicho mal en persecución, porque esta fuerza, que sería de quinientos a seis cientos hombres, no tenía poder para ofrecer una batalla al ejército de Tristán; pero, como su objeto era picar la retaguardia enemiga, quitarle los recursos, preparar algunas sorpresas, batir partidas que se desprendiesen, y hacer lo que se llama la pequeña guerra, era muy suficiente al objeto. No hizo, sin embargo, cosa notable, fuera del ataque de Jujuy, sobre el que diré más palabras.

Siendo nuestra vanguardia absolutamente dueña de la campaña, lo era también de todos sus movimientos, en toda la extensión de esta palabra. El ejército enemigo, en un país que poco conocía, donde no encontraba ninguna simpatía, sin caballería, marchando en masa, solo tenía el terreno que materialmente pisaba, y no sabía lo que pasaba en dos cuerdas de su campo. Nuestra fuerza, por el contrario, podía fraccionarse, reunirse, pasar a vanguardia del enemigo, ponerse sobre sus flancos¹⁷,

¹⁷ Las circunstancias habían variado enteramente de cuando se emprendió nuestra retirada de Humahuaca, donde dije que esta operación era inútil y peligrosa; sobre todo, había variado el teatro; pues, ahora nos hallábamos fuera de la sierra, donde la caballería o infantería montada, estaba perfectamente garantida contra los ataques del enemigo. Este iba en retirada, y no había peligro en fraccionarnos, lo que no sucedía en el primer caso.

y hacer toda clase de movimientos. Veamos, pues, las ventajas que se sacaron de esta situación.

El capitán don Cornelio Zelaya, con el de la misma clase, don Eustoquio Moldes, fueron destinados a sorprender la guarnición de Jujuy, donde estaba detenido un importante convoy, consistente lo más, en dinero metálico que venía para el ejército Real; los enemigos se atrincheraron en una calle de la ciudad, y rechazaron el ataque, quedando herido y prisionero el capitán Moldes.

De mayor consecuencia fue lo sucedido en Salta, donde Tristán había reunido sesenta u ochenta prisioneros, que nos había hecho desde la acción de Las Piedras, con unos cuantos oficiales. Estos, sabiendo nuestra victoria de Tucumán, se insurreccionaron y se incorporaron a nuestras fuerzas. Un oficial Burgos, Tucumano, fue el que capitaneó este movimiento, no obstante que entre los presentes, había oficiales de más graduación.

El general Díaz Vélez con su vanguardia, tomó desde el Pasaje (río), el camino de la Pedrera, y anticipándose al enemigo, entro en la ciudad de Salta; pero después de uno o dos días de momentánea ocupación, tuvo que abandonarla a la aproximación de Tristán, que llegaba por el otro camino. Fuera de lo que se ha dicho, no hubo más que uno o dos tiroteos insignificantes en todo el camino, siendo la mejor ventaja de esta expedición, el convencimiento de nuestra superioridad en estas Provincias Bajas, debida a la decisión del paisanaje, y a la facilidad de hacer obrar la caballería. La expedición regreso a Tucumán a fines de Octubre, sin otra novedad.

Se me dispensara que ocupe algunas líneas dando una noticia del general Arenales, que puede decirse, que en ese tiempo empezó su carrera militar en los ejércitos de la patria. Él, había obtenido empleos en tiempo del gobierno colonial, y recuerdo que era subdelegado de Arque, jurisdicción de Cochabamba, cuando por diferencias ruidosas que tuvo con el gobierno de esta provincia, se libró contra él una orden de prisión; hizo, como prófugo y sin pasaportes legales, aquel célebre viaje, uno de los más rápidos que se cuentan, hasta Buenos Aires, donde el mismo se presento al Virrey o la Audiencia, a dar sus descargos.

Cuando la revolución de Chuquisaca, el año 1809, fue nombrado por la Audiencia, Comandante General de Armas, de modo que cuando con la ida del presidente Nieto, fue sofocada la revolución, fue mandado preso a Lima. Debió salir sin duda en libertad, y regreso a Salta, lugar de su vecindario, donde era alcalde ordinario, cuando Tristán hizo su invasión. La revolución de los prisioneros, de que acabo de hablar, lo tomó allí, porque no había emigrado, sino que espero tranquilamente al enemigo. Vuelto Tristán a Salta, se ocultó en una chacra, pocas leguas distante, porque supo que se le atribuía inteligencias con los prisioneros sublevados. Desde su retiro hizo varias diligencias para rehabilitarse con Tristán, pero no habiéndolo conseguido, se fue definitivamente a Tucumán, donde se presentó al general Belgrano. Allí estuvo separado del ejército, y solo se incorporó al marchar a Salta, en cuya victoria se halló. Este fue el principio de su honrosa carrera en los ejércitos de la Independencia, en que presto tan útiles servicios, y en que adquirió victorias gloriosas, tal como la Pasco y la Florida.